

S. y J. ALVAREZ QUINTERO

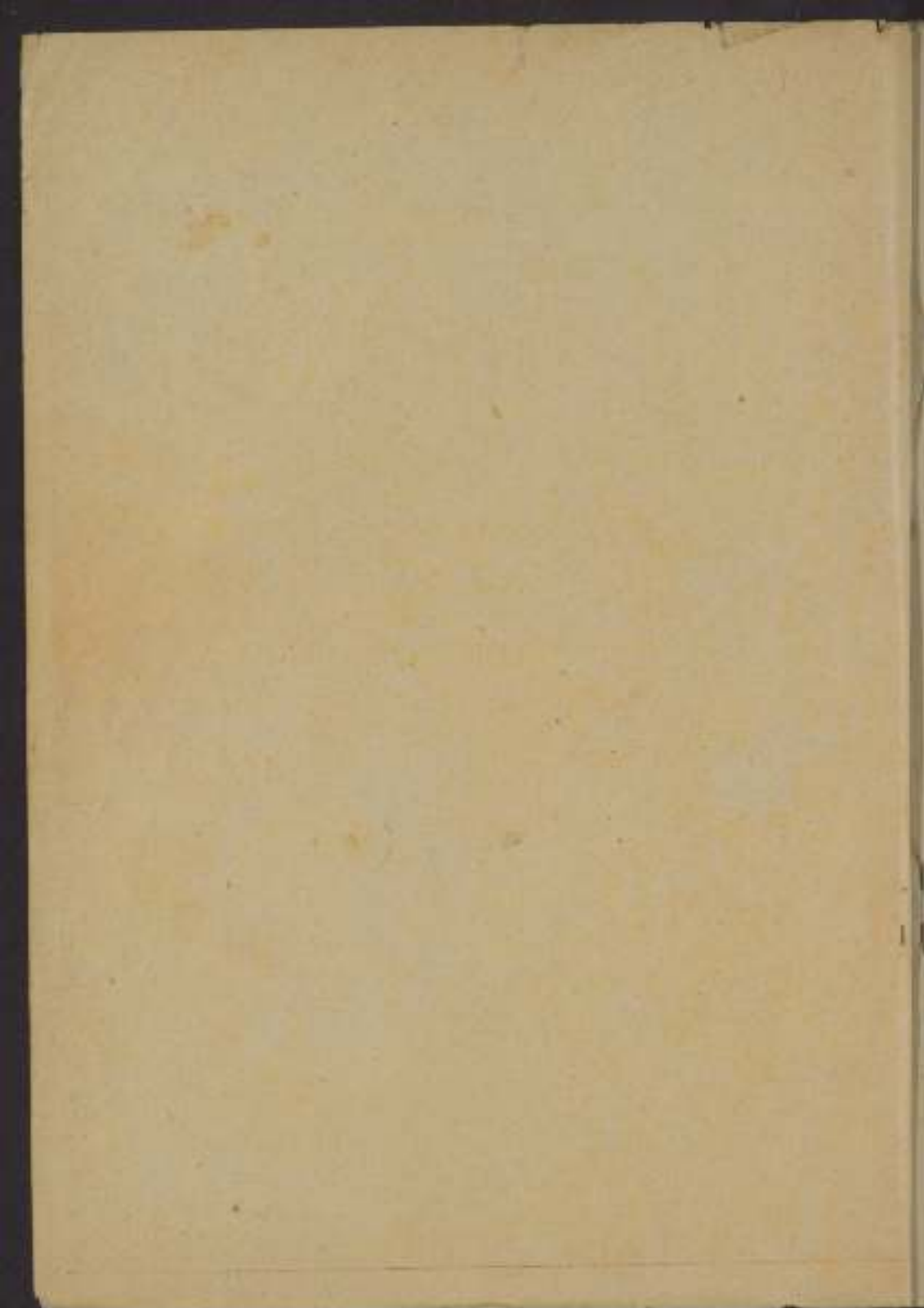
y SERRANO

La Reina Mora

A vintage movie poster for the film 'La Reina Mora'. The background is a color illustration of a lush garden with a large, ornate white church with multiple spires in the distance. In the foreground, a man in a dark suit and hat stands next to a woman in a dark dress and white blouse, looking at each other. The title 'La Reina Mora' is written in large, stylized red letters with a black outline across the upper middle. The names of the lead actors are listed in large white letters at the bottom left, and the distributor's name is at the bottom right.

MARIA ARIAS
RAQUEL RODRIGO
PEDRO TEROL

EDICIONES
BIBLIOTECA
FILMS



Carmen





Quartells los detalls de
producció i reproducció

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAQUER
DIRECTOR LITERARIO: MANUEL NIETO GALÁN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:
Valencia, 254 - Apartado Correos 707 - Teléf. 70057 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barbát, 16; Barcelona - Colón, 7; Madrid

EDITORIAL
AES

Publicación semanal

Año XII

Núm. 241

LA REINA MORA

Todo el ambiente de Andalucía, de Sevilla, la «sultana», ha sabido ser recogido en esta novela. Da ahí la rica humanidad de sus personajes, la alegría de su vivir, sus «dichos» ocurrencias y jactanciosos y también la fidelidad de sus amores. Alma andaluza, llena de poesía y de sentimentalidad. En «La Reina Mora» se nos expone la fuerza de un amor y su hombre. Un amor que sabe luchar por su posesión, que sabe matar y sabe sufrir antes que perderlo y a una mujer, símbolo de la fidelidad, que voluntariamente se castiga a sí misma, para sufrir la misma pena que el hombre que se jugó por ella vida y libertad.

Adaptación cinematográfica del sainete de

Serafin y Joaquín Álvarez Quintero

Música del maestro **José Serrano**

SUPERPRODUCCION

C. I. F. E. S. A.

Calle del Mar, 60 - VALENCIA
Calle de Valencia, 255 - BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

Coral	MARIA ARIAS
Mercedes	RAQUEL RODRIGO
Esteban	PEDRO TEROL
Don Nuez	Antonio Gá
Cotufa	Erasmio Pascual

Creación de

MARIA ARIAS

Dirección:

EUSEBIO F. ARDEVIN

2.^a edición

Septiembre, 1938.

Narración en forma de novela de
MANUEL NIETO GALÁN

LA REINA MORA

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELÍCULA

CORALITO



SEVILLA, la sultana de Andalucía, donde el sol parece que tiene más fuerza y su luz brilla con más intensidad. Tierra de bendición, en la que los hombres saben morir por defender a la mujer que aman y en la que las mujeres saben amar hasta morir. Sevilla, la majestuosa, abre las varillas de su abanico de jardines para embriagar con el perfume de sus flores, para aturdir con su alegría callejera y su optimismo tradicional, ofreciendo al mismo tiempo al espectador la suntuosidad de la moderna urbanización, con el tipismo de sus barrios de puro sabor andaluz.

Entre esto último destaca por su casticismo el famoso barrio de Triana, barrio en el que las mujeres compiten en belleza con sus flores y en el que los hombres no se las dejan arrebatarse si no es con la propia vida.

Y en este barrio andalucísimo se hallaba establecido un taller de carpintería en cuya puerta podía leerse un letrero que decía:

«Carpintería de José Pizarro»

Era su dueño un hombre honrado a carta cabal. Trabajador y amante de los suyos, cuya debilidad era su hijo Esteban. Verdadero tipo andaluz, de pelo negro y brillante, de ojos como zafiros,

que sabían acariciar cuando miraban, y de palabra fácil y halagadora para decir madrigales. Su cuerpo de hombre hecho al trabajo ofrecía la visión de un atleta, sin ninguna desproporción. Su andar facarandoso y su simpatía se habían conquistado la admiración de las mocitas del barrio, así como su hombría de bien y su nobleza se habían ganado la amistad de los amigos.

Pero entre todas las muchachas del barrio, tan solamente una se había ganado el corazón de Esteban. Era una muchacha huérfana de padre y madre, que vivía con un hermano suyo, a quien llamaban Cotufa por mal nombre, y que adoraba en su hermana, Coralito se llamaba ella y nunca el nombre estuvo mejor puesto, ya que toda ella lo era. Hembra de pura raza andaluza, de fuego en la mirada, de risa que parecía un despertar de primavera y de boca roja como una herida, que parecía moldeada exclusivamente para recibir besos. Coral era conocida en todo Triana por su belleza y por su bondad. No había pobre que se acercara a su reja que no tuviera una limosna, ni vecina que no recibiera de ella un saludo cariñoso. La querían por buena, por tra-

hajadora y por bondrada. Y los amores de ella y Esteban podía decirse que eran el orgullo de todo Triana. Mejor pareja no hubiera podido pensarse.

Aquella tarde, como otras muchas, Esteban, al dar de mano del trabajo, se acicaló un poco y salió del taller, seguido de su padre, que le dijo en tono cariñoso:

—Anda con Dios, hijo mío. No te pregunto dónde vas. Cásate ya, porque mientras no te cases no sacas una viruta de la carpintería.

—Hasta luego, padre—respondió Esteban sonriendo y pensando únicamente en que pronto estaría al lado de su Coral.

Su padre, el señor Pepe, le siguió con la vista, orgulloso de tener un hijo como aquél, y una vecina que se hallaba a la puerta de su casa observando la escena entre el padre y el hijo, exclamó dirigiéndose a aquél:

—Se le cue a usted la baba con el niño, señor Pepe.

El señor Pepe se volvió rápidamente hacia la mujer y, como si la desafiara, le preguntó:

—¿Y no se lo merece?

—¡Vaya si se lo merece!—respondió la mujer—. Con veinte años menos era yo quien se lo

llevaba en lugar de Coralito, la flor de nuestro barrio.

El señor Pepe se echó a reír, satisfecho de que su hijo causase aquella sensación, y volvió a entrar en la carpintería, mientras que la mujer cantaba en voz baja unas sevillanas.

Mientras Esteban se dirigía en busca de su novia, ésta, para hacer la espera menos larga, se entretenía dándole de comer a una cotorra que tenía en el balcón. De su trabajo la sacó la voz de un mendigo que pasó por la calle y que, reparando en ella, le dijo:

—Niña, que no está bien que el loro coma garbanzos y yo no haya desayunao todavía.

Coral se echó a reír al ver al mendigo y, echándole una moneda, le dijo al mismo tiempo:

—Ahí va, pero no se lo gaste usted en aguardiente.

—Pero si yo bebo el aguardiente para abrir el apetito. Dios te lo pague y te lo devuelva en salud, carita de rosa.

Se alejó el mendigo, dejando a Coralito de charla animada con su cotorra, hasta que cruzó por la calle una gitana, que, dirigiéndose a Coralito, le dijo:

—¡Ea! Ya está aquí la de toos los días. Venga tu limosna, que mis cinco criaturitas saben ya quién me ampara y le resan a la

Virgen pa que te cases er mes que viene. Anda, lusero, que son cinco bocas pa comé... sin contá a mi marío, que tiene otras cinco pa ér solo... Noventa y siete muelas entre toos.

Le hizo gracia a Coralito aquella suma de muelas de la gitana y, sin poder contener la carcajada, le echó la limosna que le pedía, volviéndole a decir la gitana:

—Uu debé (1) te acompañe siempre y te aleje de to lo malo. ¡Eres bonita hasta en un cuarto a oscuras!

Indudablemente aquel día estaba predestinado para que no dejara tranquila a Coralito, porque segundos después aparecieron por la calle tres tipos que durante unos minutos se quedaron embobados mirándola, hasta que uno de ellos se atrevió a decirle:

—¿Qué, Corá? ¿Sabe ya desir-lo er loro?

—¿Dise ya er loro «Olé lo mejó de Triana»?—le preguntó otro de ellos.

La cotorra, al oír aquello, lanzó un grito y a continuación chilló: «Olé lo mejó de Triana».

Los tres amigos se echaron a reír al oír al loro, pero uno de

(1) Un ángel.

ellos, al ver desembocar en la calleja a Esteban, llamó la atención de los otros dos diciéndoles:

—Por allí viene Esteban, que también lo sabe desí... Vámonos.

—Adiós, preciosa—terminó diciéndole uno de los tres amigos. —Y déle usté un besito al loro, por sabé desí una verdá tan grande.

Coral, cuando los vió marcharse, se echó a reír de la guasa de aquellos tres muchachos, pero de pronto, al ver venir a un sujeto, cambió su risa por un gesto de absoluta seriedad y su semblante adquirió una intensa palidez. Se trataba de un sujeto a quien todos llamaban Juan el peleón. Era uno de esos individuos pendencieros y envidiosos a quienes parece que la felicidad de los demás les hace daño. Desde hacía tiempo rondaba a Coral y cuando vió que ésta no le hacía caso y amaba a Esteban, sintió por él un odio tal, que buscaba la ocasión propicia para poder suprimir a quien tenía por rival.

El Peleón se paró ante el balcon de Coral y, mirándola con un gesto de cínico, le dijo:

—Me voy a hasé buzo, pa cuando te bañes en el río. ¡Nada más!

Coral, sin hacerle caso alguno, le volvió la espalda despectiva-

mente y, ante la proximidad de Esteban, le sonrió de lejos, sintiendo que a su rostro afluía toda la sangre de su corazón.

Esteban se cruzó con los tres piropeadores de Coral. Los conocía y eran amigos suyos. Sabía que no había vez que vieran a Coral que no le dijese alguna tontería, pero como todo lo que le decían era ensalzando su belleza y sin que le pudiera molestar, Esteban, en vez de enfadarse, hasta agradecía aquella gentileza que sus amigos tenían para con su novia.

Sin embargo, al cruzarse con el «Peleón», los dos hombres se miraron agresivamente, como si con aquella mirada Esteban quisiera decirle que aquella mujer era suya y que había que luchar hasta la muerte para quitársela.

Coral, que presenciaba la escena, sintió que su corazón latía violentamente. Sabía que su Esteban era valiente y que el «Peleón» era un mal sujeto, capaz de buscar la ruina de un hombre honrado. No obstante, cuando se acercó Esteban, procuró contener su sobresalto y lo recibió diciéndole alegremente:

—¡Hola, chiquillo! Bajo en seguida.

Efectivamente. A los pocos se-

gundos se hallaba al lado de Esteban, quien la recibió diciéndole:

—¡Hola, nena! ¿Qué? ¿Damos una vuelta por la orilla del río como ayer?

—Como tú quieras—le respondió la muchacha.

—Pues andando—volvió a decirle Esteban, mirando ansiosamente a su novia, de quien cada día se encontraba más enamorada—. Echate el mantón, que la tarde está hermosa.

Coral volvió a entrar dentro de su casa, al mismo tiempo que su hermano se disponía a salir. La muchacha lo detuvo y le dijo angustiada:

—Oye, Antonio, por los ojos de tu cara, díle al «Peleón» que no sea imprudente.

—¿Qué ha hecho?—preguntó Cotufa.

—Lo que hace siempre... Desirme desvergüenzas... Y un día se entera Esteban y con la antipatía que le tiene...

Cotufa meneó la cabeza preocupado y exclamó:

—Er «Peleón» nació con el sino de meté la pata adonde va. Si pusiera un puesto de mala sangre, se haría rico.

—Yo estoy asustá, Antonio—siguió diciéndole su hermana—.

Veo que a Esteban se le muda el coló na más que con topárselo en la calle.

Cotufa procuró tranquilizar a su hermana y acariciándola amorosamente le dijo:

—Bueno, pero tú no te apures; yo veré al «Peleón» y le diré lo que sea preciso. Mientra que viva Cotufa, tienes dos hombres que te amparen... ¡Ríete ya, chiquilla! ¡La cosa no es pa tanto, ni pa poné esa cara de tristeza!

Y mientras que su hermana se arreglaba para el paseo con su novio, salió Cotufa a la calle y al ver a Esteban lo saludó riendo.

—¡Hola, cuñao! ¡Ahora baja la niña! Se conoce que se le ha ido el asogue al espejo y está huscando otro.

—¿Que se le ha ido el asogue?—preguntó Esteban extrañado.

—Claro, hombre—volvió a decirle Cotufa riéndose—. No ve que me miré yo en él.

Cotufa decía esto por su fealdad. Era un tipo simpático a más no poder, pero el pobre muchacho tenía muy poco que agradecerle a la madre Naturaleza. Su tipillo escuchimizado, su nariz larga y puntiaguda, sus ojillos chiquitines y su estatura, producían una sensación de comicidad

tal, que él mismo hacía gala de ella en muchas ocasiones.

Eso sí. El niño tenía una guasa encima del alma que era capaz de quemarle la sangre y acabar con la paciencia de un competidor de Job.

Esteban, al oír la salida de Cotufa, no pudo menos que echarse a reír. Sabía lo bueno que era para su hermana y, dándole una palmada en el hombro, lo despidió diciéndole:

—Adiós, buena pieza.

Poco después salió Coralito con su lindo mantoncillo y calzándose amorosamente en el brazo de Esteban echaron a andar hacia las orillas del río. Mientras caminaban, Coral iba mirando las tranquilas aguas del río y su misma mansedumbre hizo nacer en ella un pensamiento que se lo expuso a Esteban diciéndole:

—Parece mentira. Tan serenas como van las aguas... y de pronto, cómo crecen y se alborotan.

—Así son los amores—sugirió Esteban.

Coral lo miró extrañada y protestó rápidamente de aquel pensamiento de su novio diciéndole:

—Los nuestros, no. Ahora y siempre serán como esa corriente tan tranquila.

El se miró en el brillo negro de los ojos cariñosos de Coral y le susurró al oído:

—Así serán. Pa que se copie en esa corriente el cielo, que es tu cara.

Se hallaban frente a frente y sus manos se buscaron ansiosas para decirse en un fuerte apretón todo aquel amor que rebotaba de sus corazones. En aquel éxtasis amoroso se hallaban cuando pasaron por allí varias vecinas del barrio de Triana y, al verlos, exclamó una de ellas:

—Esta es la pareja de novios más simpática de Triana.

—Los novios más guapos del barrio—replicó otra, quien, dirigiéndose a los novios, les dijo riendo—: El primer niño que os nazca lo caso con mi nieta.

Coral se echó a reír al oír aquello y protestó cariñosamente replicándole:

—Por Dios, Remedios, no se haga usted suegra tan pronto.

Se alejaron las vecinas y los novios continuaron su paseo por las orillas del río, sintiéndose cada vez más unidos por aquella pasión que los embargaba y sin pensar en otra cosa que no fuera su amor.

Indudablemente, aquellos dos seres habían nacido para amarse

y al unirlos la vida había realizado el milagro de que la dicha de ambos fuese completa.

Un alicorillo fresco, una tenue brisa hizo revolear sobre el rostro de Coral sus sedosos rizos de azabache y fué aquello como un aviso de que la tarde iba muricando. Al darse cuenta de ello, la joven le propuso a su novio:

—Debemos regresar a casa. Es ya tarde.

—Pues a mí me parece que está amaneciendo ahora—le dijo él cariñosamente—. Cuando estoy a tu lado, como me parece que hace más sol que nunca, no veo la noche.

Coral hizo más fuerte la presión del brazo por el que la llevaba su novio y le dijo:

—Pues así y todo hay que ser prudente. No me gusta estar a estas horas por aquí. Vámonos.

—Como tú quieras, cielo—aceptó Esteban.

Nuevamente retrocedieron hacia la casa de Coral y al llegar a la puerta se pararon para despedirse hasta la noche y ella le preguntó:

—Vendrás luego, ¿verdad?

—Vendré luego, pero...

Coral sintió un sobresalto grande al oír aquel «pero» y le interrumpió preguntándole:

—Pero, ¿qué?

—Que estaba por no irme—terminó él risueño.

Tranquila por la respuesta, Coral se opuso al deseo de su novio diciéndole:

—No, no. Luego te riña tu padre. ¿Hasta luego?

—Hasta luego—respondió Esteban, con la resignación del que acepta un gran sacrificio.

Pero deseando prolongar aquella despedida más tiempo, solicitó:

—Un cachito por la ventana, ¿no?

—Bueno.

Pero ninguno de los dos sabía separarse. Era tanta la dicha que sentían al verse juntos, que aun cuando su razón les dijera que tenían que separarse, su voluntad se resistía a obedecerlos, y, con las manos enlazadas, como si fuera alguno de los dos a realizar algún largo viaje, volvió ella a decirle:

—Hasta luego, chiquillo.

—Hasta luego—respondió él.

Por fin consiguió ella hacer un esfuerzo para entrar dentro de la casa, pero a través de la cancela aun se detuvo para decirle el último adiós a Esteban, y le preguntó:

—Hasta luego, ¿verdad?

—Sí, hasta luego.

—¿Vendrás pronto?

—Siempre me será tarde para verte—replicó él.

Volvieron a mirarse amorosamente y riendo gozosa la enamorada, se metió dentro de la casa, pero tan a prisa que aun tuvo tiempo de poder ver de nuevo a su novio por la ventana y decirle:

—Esteban... Esteban.

—¿Qué quieres?—preguntó sobrito el novio.

—Nada—respondió ella riendo.

—Decirte otra vez hasta luego.

Esteban se echó a reír y exclamó:

—Parecemos dos novios de ópera.

—Es que no sabemos despedirnos nunca—dijo ella—. Pero ahora va de veras. Hasta luego.

Aun se quedó Esteban unos segundos mirando a la ventana, como si quisiera retener en su imaginación hasta el último momento la imagen adorada de aquella mujer, a quien amaba más que a su propia vida. Al cabo de un rato echó a andar calle arriba y a los pocos pasos se encontró con un individuo que lo paró cogiéndole amistosamente por el brazo.

BI. QUE A HIERRO MATA...

El individuo que detuvo a Esteban era un tal Pepe López, amigo íntimo de aquél. Los dos hombres se profesaban una estrecha amistad y se querían como si fueran verdaderos hermanos. Esteban, al verse detenido por él exclamó alegremente:

—¡Hola, Pepe!

Este miró a su amigo y, al verlo tan alegre, le preguntó riendo:

—¿Qué te pasa? Te bailan los ojos... ¿Vienes de charlar con Coralito?

—Claro — respondió Esteban, como dando a entender que aquello se adivinaba fácilmente.

—Pues hijo — siguió diciéndole el otro —, parece que sales de retratarte. Anda, ven conmigo, que nos vamos a tomá dos chatos.

—¿Hay por qué? — preguntó Esteban extrañado.

—Lo hay — respondió Pepe López.

Echaron a andar hasta el colmado más próximo y una vez en él y después de beber las copas, Esteban le preguntó:

—Bueno, explícate... ¿Qué ocurre?

Pepe López le puso una mano sobre el hombro, le miró fijamente y seguro de que iba a soltar una noticia que era como una bomba, le preguntó:

—Vamos a ver, ¿Tú quieres ser padrino de un bautizo?

—¿De quién es la criatura? — preguntó Esteban.

Pepe lo miró asombrado ante la pregunta y al fin exclamó:

—¿Hay qué gracia! ¿De quién va a ser? ¡De mi mujer y mía!

—Pero, ¿eso es posible?

—¿Vaya si es posible! Ya lo verás. Y como yo soy seramista... pues nos ha salido que es una porcelana.

Esteban le estrechó la mano a su amigo y le respondió:

—Por mí no hay ningún inconveniente. Ya sabes que lo hago con gusto. Somos amigos de verdad y Dios quiera que tenga suerte al husérfelo cristiano.

—Y no has de tenerla—respondió convencido Pepe—. ¿Cabe más suerte que el llevarse a una mujer como Coralito?... Y eso que no dejó yo la mía atrás.

—Gracia, Pepe—replicó halagado en su amor propio Esteban.

—Tú mismo dispón el día del bautizo y Coralito y yo tendremos mucho gusto.

Se bebieron otras segundas copas y los dos amigos se separaron, prometiéndose ver al día siguiente para ultimar todos los detalles del bautizo, que Esteban quería que fuese por todo lo alto, tal y como se merecía la amistad que entre ellos había.

Y, en efecto, el bautizo fue por todo lo alto. Se invitó a todos los conocidos, y, al salir de la iglesia los padrinos con la criatura en

brazos, las muchachas se acercaron a besarlo, diciendo cada una:

—Tiene cara de pillo.

—¿De pillo? —protestó otra muchacha—. ¿Por qué de pillo?

—Pues porque se parece a su padre.

—Si el padre es muy bueno y muy formá.

La otra se la quedó mirando burlescamente y le respondió:

—Cómo se conoce que no fue novio tuyo.

Y entre chirigotas y chanzas alegres, la comitiva fue marchando hacia la casa de los padres de la criatura, mientras que Esteban, acercándose a Coralito y mirando al chiquillo que ésta llevaba en los brazos, le dijo salomero:

—El primero que tengamos tú y yo... ¡ése sí que va a habé que verlo!

—Porque sardrá a ti—le dijo ella mimosamente.

—No, a ti—insistió él.

—A ti—volvió a decir ella.

Esteban se echó a reír y exclamó:

—Bueno, le pediremos a Dios que no sarga a tu hermano.

Los chiquillos de la calle, pidiéndoles a los padrinos que les echaran perrillas, cortaron la conversación de los dos novios, y, seguidos de todos los invitados y

de toda la chiquillería del barrio, llegaron a la casa de Pepe López.

Al llegar a ella, Coralito se fué adonde estaba la madre del niño y se lo entregó diciéndole:

—Me entregó usted un niño judío y se lo doy cristiano.

La mujer de Pepe López cogió el chiquillo en sus brazos y lo besó amorosamente, agradeciendo con la mirada las palabras de Coralito.

Desde aquel momento dió comienzo la fiesta. Apareció en seguida el cañero, donde brillaban las doradas copas de la manzanilla y la algazara y la alegría reinaron pronto entre la gente joven. Sonaron las guitarras y Juan Peleón, que no apartaba los ojos de Coral, exclamó:

—Que nos cante Coral una copla.

—No, por Dios—respondió la muchacha—. Si lo bago muy mal.

—No mienta—insistió el «Peleón». No hay una mocita en el barrio que sepa decir con más sentimiento una copla.

—¡Sí, que cante!—exclamaron varias muchachas a la vez, inconscientes de la intención de Juan Peleón.

Coralito, ante la insistencia de los invitados, miró a Esteban como pidiéndole consentimiento

para hacerlo, y Esteban, que en aquellos momentos se hallaba que no sabía en sí de gozo, le respondió también con la mirada, dándole la autorización que le pedía. Uno de los tocadores se acercó a Coralito y ésta cantó una copla mientras su novio la miraba embobado.

Cuando terminó de cantar, el «Peleón» procuró sentarse cerca de Coralito, mientras Cotufa, que iba de un lado a otro ofreciendo vino, exclamó, dirigiéndose a una de las muchachas:

—¿Usted es la mocita que va a bailar?

—Servidora—respondió la joven.

—¿No tomamos una copita?

—¿Y si me mareo cuando bailo?

—La sustituyo yo y en paz. Pa eso nos parecemos tanto.

Y cogiendo una caña de manzanilla la levantó en alto brindando:

—¡A tu salud!

—¡A la tuya!—respondió la joven—. Te brindaré un baile, porque a mí desde chiquitiya que me gustan los feos y a eso no hay quien te gane.

La muchacha hizo una seña a los guitarristas y éstos empeza-

ron a tocar mientras la joven bailaba un tango andaluz.

Juan el Peleón, detrás de Coralito, hablaba con ella en voz baja y le decía, sin importarle el que estuviera allí Esteban:

—Te voy a desí una cosa que no vas a oírta na más que tú.

Se acercó más a ella y debió decirle alguna de sus groserías, porque el rostro de Coralito palideció de indignación.

Esteban, que se dio cuenta de la escena, rochinó los dientes de indignación y, sin poderse contener, al ver que su novia se levantaba para separarse del «Peleón», se acercó a éste, cuando estaba solo, y le dijo en voz baja:

—¡Te voy a dar dos bofetá con cormo!

—¿Ahora?—le preguntó el Peleón en el mismo tono de voz.

—No—le dijo Esteban—, espero a que no estés borracho pa que te enteres bien.

—Pues pa pegarme o matarme contigo, siempre estoy fresco—le respondió el «Peleón».

—Pues yete a la oriya del río y espérame allí—le dijo Esteban, procurando que nadie se diera cuenta del desafío entre ellos—. Sal sin que lo arvierta naide. Te sigo los pasos.

Se separaron tranquilamente,

para que nadie advirtiese lo que habían hablado y el «Peleón» salió disimuladamente, seguido de Esteban.

Pero Coralito, que no perdía de vista a su novio, al no encontrarlo entre los demás invitados, sintió un horrible presentimiento y fué en busca de su hermano, preguntándole:

—¿Dónde está Esteban?

—No sé—respondió Cotufa.

Y al darse cuenta de la nerviosidad de su hermana le preguntó a su vez:

—¿Qué te pasa?

—¿Y el otro?... ¿Y el «Peleón»?... No está ninguno de los dos en el patio. ¡Ay, Virgen mía!

—Pero, por Dios, criatura... ¿Qué temes? —le preguntó su hermano.

—No sé—respondió Coralito—. Pero tengo el presentimiento de que algo malo va a pasá. Ven conmigo... Vamos a buscarlos.

—Cármate, mujer — procuró tranquilizarla su hermano—. Estas son cosas del vino.

La fiesta se hallaba en todo su apogeo; un grupo de muchachas salió a bailar las sevillanas, sin que nadie se diera cuenta de la angustia que en aquellos momentos sentía la infortunada Coralito.

Y mientras Cotufa y su herma-

na corrían por calles y plazuelas buscando a los dos hombres, éstos se habían encontrado a la orilla del río y el «Peleón» le preguntó burlescamente a Esteban:

—¿Eras tú el que quería pegarme una bofetá?

—Yo era, y pa que veas que es verdá, toma.

Y al mismo tiempo descargó sobre la cara del «Peleón» una tremenda bofetada.

El «Peleón» sacó una faca y Esteban otra. La vida de los dos hombres dependía únicamente de la llegada oportuna de alguien que los separase, pero esto no sucedió, y, segundos después, Esteban miraba horrorizado al «Peleón», que yacía a sus pies ensangrentado, mientras él permanecía con el cuchillo en la mano. Se cubrió los ojos en un gesto de repugnancia de sí mismo y huyó hacia la capita, como si lo persiguiera la sombra del que había matado.

Horas después, lo sabía ya todo el harrio. En la casa de Coralito, puertas, ventanas y balcones estaban cerrados, mientras un grupo de vecinos comentaba lo sucedido, diciendo uno de ellos:

—Coralito está dentro de la casa.

—¿Y ha muerto el «Peleón»? —preguntó otro.

—Creo que sí — respondió un tercero—. Ahora está en el hospital.

—Vaya por Dios—comentó el que primeramente había hablado—. ¡Qué malas horas!

Entre el grupo de vecinos se abrió paso Cotufa, sin que ninguno se atreviera a preguntarle nada, y entró en su casa. Fue a la salita donde estaba su hermana, quien, al verlo, se arrojó a sus brazos llorando como una Magdalena y exclamando:

—¡Hermano!

Cotufa la estrechó contra su pecho, como si en vez de ser su hermana fuese su hija, e intentó calmarla diciéndole:

—Ven aquí, no yores... Ya sé la verdá.

—Dime, dime — preguntó ella con la angustia reflejada en sus ojos y sintiendo que el corazón quería saltársele del pecho—. ¿Esteban?... ¿Dónde está Esteban?... ¿Qué ha pasado?

Cotufa fue breve. La angustia de su hermana no admitía paliativos y le respondió:

—Pelearon en el río...

—Pero... ¿Esteban...

—Esteban hirió al otro...

Coralito se llevó las manos a

los ojos. Sintió que su corazón se tranquilizaba y preguntó:

—¿Pero él?...

—El se entregó a la justicia y está preso.

—¡Ay Dios mío de mi arma!— exclamó Coralito llorando amargamente.

—No te apures así—sugirió diciéndole Cotufa—. Hay que tener calma. El «Peleón» no ha muerto como me habían dicho. No yores... no yores tú. Nos iremos derbarrio... Yo te llevaré a una casita donde vivas oculta sin que nadie te vea... Total, dos o tres meses de penitencia... Te digo que no es pa tanto... compáralo con lo que ha podido ser.

Pero Coralito no podía comprender los razonamientos de su hermano. Para ella no existía más razón de la que Esteban estaba preso, sin saber en qué podría ser su condena y que había un hombre herido. Para éste tenía compasión, para el suyo, para su Esteban, tenía su cariño.

Y abrazada a su hermano exclamó entre sollozos:

—Sí, Antonio. Llévame de aquí, donde no vea a nadie, donde no viva más que pa él. ¿No está en la cárcel por defenderme? Pues yo también quiero está encarcelá

hasta que él salga... Seremos dos a cumplir la condena.

Y más serena ante aquella idea de que ella también iba a cumplir la condena de su novio, se dejó llevar por su hermano hasta su salita, para empezar a recoger sus cosas y marchar al día siguiente, si era posible.

Al otro día, Esteban fue conducido a la cárcel. Al atravesar el sitio donde se hallaban los reclusos, con quienes comprendía que tendría que convivir, no pudo impedir un gesto que era a la vez que de repugnancia, de conmiseración. Todo el peso de su desgracia lo veía ahora con más claridad que nunca y al acutarse sobre el camastro de su celda, una congoja influencia hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas.

Aunque tarde, también Juan el «Peleón» había comprendido el daño que había causado a Esteban. De él no había recibido ningún agravio y, sin embargo, le había inducido a cometer un crimen que jamás hubiera realizado Esteban a no ser por defender el amor de una mujer. Para el «Peleón», en aquel momento de arrepentimiento, Esteban no había hecho más que cumplir como un hombre cabal. ¿Quién no hubiera hecho lo mismo en su caso?

Levantó los ojos hacia la enfermera que estaba junto a su cama y con voz débil le preguntó:

—Oiga, hermana. ¿Es cierto que Esteban se ha entregado?

—Sí—respondió ésta—. Confesó su crimen y se entregó a la justicia.

Juan el «Peleón» no pudo contener la indignación que tenía consigo mismo y exclamó, mordiéndose sus mismas palabras:

—¡Soy un mal hombre!

—Ahora lo que le conviene—le dijo la enfermera cariñosamente—es estarse tranquilito. No piense en nada malo.

—Ojalá pudiera estar tranquilo—suspiró Juan el «Peleón». Pero es que no quiero morir, porque mi muerte sería la perdición de ese chiquiyo.

Pero la buena hermana, tapándolo cuidadosamente, procuró al fin que el herido se tranquilizase, para ayudar el mismo a su curación.

EL MISTERIO DE LA REINA MORA

Dos días después de ocurrida aquella desgracia, Coralito abandonaba con su hermano aquella casita donde habían florecido sus amores y se dirigía a otro barrio alejado donde nadie supiera nada de ella.

Hacia muy poco que había amanecido cuando los dos hermanos cruzaron el puente de Triana para dirigirse al barrio de Santa Cruz, que era donde Cotufa había alquilado la casita. Coralito, llorando, como el primer día de la desgracia que sobre ella pesaba, se apoyaba en el brazo de su hermano, y al llegar al centro del puente, se detuvo unos instantes para decirle:

—¡Quién iba a decirme a mí

hace dos días que iba yo a pasar el puente de esta manera.

Cotufa, que siempre tenía una palabra pronta de consuelo, le respondió cariñosamente:

—Ya lo pasarás muchas veces de su brazo y riéndote del mundo... ¡Animo, mujé!

Echaron nuevamente a andar y cuando llegaron a la casa donde Coralito pensaba pasar todo el tiempo que durase la condena de su novio, era tan temprano, que apenas si nadie los vió entrar.

El habitar aquella casa, llamada del Duende, fué para todo el barrio de Santa Cruz un verdadero acontecimiento. Nadie sabía quiénes eran los que la habita-

bau y la curiosidad de la gente forjó una nueva leyenda. Los que habían visto por casualidad a Coralito, empezaron a hablar de su belleza de tal forma y con tanto misterio, que no tardó en propagarse la noticia por todas partes.

Nadie sabía cómo se llamaba aquella mujer, que parecía una cautiva, y apareció en seguida quien le puso «la reina mora». A partir de aquel instante, nadie conoció la casa del Duende más que por el nombre de la casa de la reina mora, y hasta los ciceros llevaban allí a los turistas, para que, a la vez que explicarles la antigua historia de la casa del Duende, explicarles también la nueva, la forjada por la gente en torno a la mujer que la habitaba en la actualidad.

Se hallaba la casa en una especie de plazuela, en la que había también un taller de costura de una tal Mercedes, mujer en plena juventud y que esperaba quien le dijese dos flores bonitas para llevarla al altar. Junto a este taller se hallaba la tiendecita de Miguel Angel, mitad tienda y mitad puesto al exterior.

Desde que Coralito había llegado a aquel barrio, únicamente salía para ver en la cárcel a Esteban. Realizada esta visita vol-

via otra vez a su casa y se encerraba en ella, siguiendo el misterio más absoluto alrededor de ella.

Aquella mañana volvía Coralito de ver a su novio y, al pasar por la plazuela, las muchachas del taller, con su maestra entre ellas, se asomaron a la reja para verla pasar, y hasta el propio Miguel Angel dejó de restaurar las imágenes que tenía en el taller para contemplarla.

Cuando Coralito hubo entrado en su casa, volvió nuestro buen hombre a sentarse en su banquillo, bajo el cual se hallaba el enérgico reconstituyente «Cazallas», y quedó como embobado mirando hacia la puerta por la cual había entrado Coralito.

A poco de haber desaparecido ésta, se le acercó una comadre del barrio, a quien todo el mundo le decía «Doña Juana la loca». Traía en una mano el catre-cillo de sentarse en la iglesia y en la otra el libro de oraciones y el rosario. Miguel Angel, al verla cruzar, la llamó diciéndole:

—Venga usted con Dios, señora doña Juana... ¿De misa?...

—Y de confesión como todos los días—respondió la mujer.

Miguel Angel la miró burlona-

mente y le preguntó de nuevo:

—Pero, ¿tanto peca usted?

—Es que me gusta descargá la conciencia a diario.

—Pues si yo fuera *er cura* le daba a usted un vale pa lo el mes —le dijo riendo Miguel Angel.

Doña Juana se puso seria ante aquella salida y protestó diciéndole:

—No me gaste usted siertas bromas, Miguel Angel. ¿Le parece a usted regular que un hombre que se gana la vida restaurando imágenes eche a juego las cosas santas?

—Con ningún santo me he metido yo, doña Juana —replicó Miguel Angel—. Entre los me llevan la olla y son pa mí como de la familia... Fíjese usted en este San Roque, me lo trajeron ayer sin cabeza y mistelo ya.

—¿Qué ha hecho usted con él?

—Na de particulá. Sacarle farfones a una calabaza y ponérsele en *er pescueso*. Er que e artista no se apura nunca. Po arrepare usted en este San Antonio, ¿Verdad que tiene cara de húsar?

Doña Juan se llevó las manos a la cabeza, como asustada de las cosas que decía aquel hombre y exclamó:

—¡Herejote! Va usted a pará en el infierno.

Miguel Angel se encogió de hombros, y respondió, sin dar importancia a la predicción:

—¡Toma, ya lo sé! Y que según me estoy preparando el cuerpo, voy a ardé en dos minutos.

Sacó de debajo de la banqueta el frasco del aguardiente y mostrándoselo a ella le preguntó incitador:

—¿Qué usted un trago?

Doña Juana miró a uno y otro lado recelosamente y rehusó con debilidad, diciendo:

—No, que luego murmuran.

—Ahora no nos ve nadie —insistió Miguel Angel—. Siéntese usted aquí en el rincón. Verá usted como es gloria para.

Doña Juana siguió las instrucciones que le daba, se sentó en el rincón para que no la viese nadie y cuando terminó de beberse una copita exclamó:

—Muy rico, muy rico que es. No siento más sino que tendré que confesarlo mañana.

—Po más lo siento yo entonces —respondió Miguel Angel.

—¿Por qué? —preguntó ella extrañada.

—Pues porque pasado mañana está aquí *er cura*.

—Vamos, cáyese usted, o reñimos—exclamó doña Juana, a la vez que se acercaba con cierto misterio adonde estaba Miguel Angel y le preguntaba: Y diga usted, diga usted, señor Miguel Angel, ¿qué hay de la reina mora?

—Lo mismo e siempre—respondió el artista.

—¿No se sabe nada nuevo?

—No se descubre na. Desde que vive en esa casa esa mujer, y ya va pa dos meses, nadie la ha visto más que de refilón. Ocurra esta como un tesoro; quien la guarda, la guarda bien. Por eso y por los ojos que tiene, que son dos carbones encendidos, le puse yo la reina mora.

—¿Y es tan hermosa como cuentan?—inquirió de nuevo doña Juana.

Miguel Angel hizo un gesto admirativo y moviendo la cabeza de un lado a otro, le respondió:

—Es como pa dejá de ser cristiano si ella es mora de verdad.

Doña Juana se santiguó ante lo que ella creía que era una herejía y exclamó:

—¿Jesús, María!... ¿Y es verdad que hay un hombre que manda en eya?

—Sí, señora. Es la única arma

viviente que ha entrado por esa puerta—le aseguró él.

—Pos debe ser un real mozo.

Miguel Angel, que se refería a Colufa, cuando oyó decir que era un real mozo, exclamó rápidamente:

—¡Ca, no, señora! ¡Si eso es lo que más me irrita y me indigna! ¡Tiene color de museta, ca ojo de diferente tamaño y por la nariz se le ve hasta el torro de la coronilla! ¡Un fenómeno! Yo, como soy escuro, cuando lo miro sufro una afrosía.

—¡Jesús, Jesús y Jesús, qué cosas suceden!—exclamó doña Juana, levantándose para marcharse.

—¿Se va usted ya?—le preguntó el artista.

—Sí, señó. Hasta mañana. A ve si mañana subimos algo más... Porque así no es posible vivir.

—Pos que Mahoma la proteja, doña Juana.

—¡Y dale con Mahoma!—protestó la buena mujer—. Adiós, hasta mañana.

Salió de la tienda y al encaminarse hacia su casa, tuvo que pasar por delante del taller de Mercedes. Todas las oficiales, al verla, corrieron hacia la reja, al avisarles la maestra, diciéndoles:

—Niñas, ahí viene doña Juana la loca.

—Pues vamos a reírnos un rato —exclamó una de las oficialas.

Al pasar junto a la reja, Mercedes la saludó muy cariñosamente diciéndole:

—Vaya usted con Dios, doña Juana.

—Hola, mosita—respondió ella, sin darse cuenta del chunguelito de que era objeto.

—¿Viene usted de confesá?—le preguntó la maestra.

—De confesá vengo—respondió.

—¿Y le ha dicho usted al cura lo de Seboya?

—¿Y qué es lo de Seboya?

—Ese majito que le ronda a usted... Si de to se entera una, doña Juana.

Doña Juan, viendo venir encima el chubasco, procuró alejarse cuanto antes, diciéndole:

—Vaya, vaya. Se conoce que hay buen humor... Adiós.

Una gran carcajada de todas las oficialas fué el despidio de la buena mujer, que ni siquiera se dignó volverse, pensando que saldría peor parada si se enfadaba.

Miguel Angel, cuando hubo desaparecido doña Juana, se puso a hablar a gritos con Mercedes, diciéndole:

—Esa pobre doña Juana está ya de remate.

—Claro — respondió burlonamente Mercedes—. Se junta con usted. Y ya sabe usted que «Dios los cría y ellos se juntan».

Miguel Angel dejó de trabajar y sin dejarse ganar el terreno por aquella mocita, se acercó a la verja del taller y le dijo:

—Como que éste es el barrio de los chiflaos. Tú misma no estás buena de la cabeza.

—No, ¿verdad? Pos me farta mucho pa tirá piedras po las calles.

—Ya las tirarás con el tiempo —le dijo irónicamente Miguel Angel.

—¿Adónde?... ¿A la cabeza de alguno?...

Miguel Angel miró hacia la casa donde habitaba Coralito y le respondió con doble intención:

—O de alguna, vaya usted a saber. Oye, ¿te arregla con don Nué o no te arreglas?

Mercedes hizo un gesto de indiferencia, como si quisiera demostrar que a ella no le interesaba el aludido y respondió:

—¿Yo con don Nué? No me gusta ese postre... Sobre que ahora no piensa en mirarme. Ni él, ni ninguno del barrio. Aquí ya no hay más mujer que la reina mora.

Miguel Angel, seguro de que había puesto el dedo en la llaga

y al ver la forma como respondía Mercedes, siguió diciéndole:

—¿Parece que te pica?

—¿A mí? Está por nasé la que me quite el sueño.

—Pos mira—continuó en sentido burlón Miguel Angel—. Don Nué es un mosito mu jacarandoso.

—Sí, señó — respondió Mercedes—. Y hasta guapo, si no fuera por la nué que tiene.

—Eso es verdad—exclamó seriamente Miguel Angel—. Esa nué es la que lo afea.

—Digo—replicó Mercedes haciendo más visible el defecto de su antiguo galanteador—. Como que cuando bebe agua parece que va a poné un huevo por la boca.

Miguel Angel no pudo menos que echarse a reír al oír la comparación de Mercedes y se despi-

dió de ella, para seguir trabajando en su tienda, pensando que la llegada de aquella misteriosa mujer había dado lugar a que el barrio estuviese soliviantado y no hubiese más tema que el hablar de ella.

Y tanto era así, que hasta el mismo don Nuez, a quien su defecto no le impedía creerse un conquistador irresistible, aquel mismo día les decía a varios amigos mientras tomaban unos chatos en un colmado.

—Les digo a ustés que yo no he visto a una mujé más bonita en toa mi vida. Tiene dos ojos como dos cajas de betún. Vive como si fuera una monja... Y canta unas cosas más tristes... Pero yo me llamo don Nué y don Nué, donde pone el ojo, pone los perdigones... Esa paloma cae... ¡Ya lo creo que cae!

EL RECUERDO DEL AUSENTE

Mientras tanto traían y llevaban su vida, Coralito, ajena a cuanto de ella se decía, vivía en completa soledad, reclusa en aquella casa donde había encerrado su dolor para tener más presente el recuerdo de Esteban. Toda su vida era la de aquel hombre, a quien por primera vez había amado y por quien sufría la desgracia más grande que podía sentir su corazón.

Si promesa de estar encerrada como él lo estaba, la cumplía al pie de la letra y nadie pudo ufanarse en el barrio de haber hablado con ella una sola palabra. Tan sólo de cuando en cuando se oía la voz deliciosa de Coralito cantar una canción en la que ella ponía toda su tristeza y que era como una plegaria al ausente.

Uno de los días en que Miguel Angel estaba trabajando en la puerta de su tienda, le pareció ver que se entreabrían las ventanas de la casa de Coralito y prestó atención, esperando verla. Mas su ilusión quedó pronto defraudada al ver que únicamente pudo recoger la canción de la reina mora, que decía:

*Compañero der arma y la vía,
sin tí no vivo;
por er día y la noche, gitano,
sueño contigo.*

Miguel Angel se creyó en el deber de corresponder con otra canción y con voz aguardentosa cantó:

*¿Qué caprichos tengo yo!
Prefería las medias blancas
y las fijas de coló.*

Coralito entreabrió más aún las ventanas de su reja y se puso a cantar, al mismo tiempo que cosía:

*Quiero verte a mi vera pa siempre
los dos jaulitos;
le hace falta a mi cuerpo tu som-
brano mío.* [bra,

La voz de Coral hizo que varias personas que pasaban por la calle se detuvieran a oírla y Coralito, sin darse cuenta de la atención que le prestaban, siguió cantando:

*¿Qué poquito es tiempo corre,
que no da la hora que espero
la campana de la torre!
Dala, campanita, campanita.*

[dala,

Dala, que con ella me darás er

[arma,

Dala, campanita, campanita,

[dala,

Dala, que con ella me darás er

[arma.

Mercedes, al ver desde su taller la atención que todos prestaban a la canción de Coralito, no quiso

ser menos que ella y empezó a cantar también:

*Sevillanito de mala sangre,
tienes muñecos en la cabeza,
y vale mucho mi personita
pa que se siegue por tu fachenda.*

Coralito, sin darse cuenta de la intención de Mercedes y sin escucharla siquiera, continuó cantando:

*Si tus ojos, queriendo mirarme,
miran pa er sielo,
se hallarán a mis ojos buscando
sus compañeros.
Por er día y la noche, gitanos,
aueño contigo;
le hace falta a mi cuerpo una
la de tu cuerpo.* [sombra,

El grupo que se había formado para escuchar a Coralito había ido aumentando, y ésta, con el pensamiento fijo en Esteban y como si sus canciones pudieran llegar hasta él para mitigar el dolor de su prisión, siguió cantando su tristeza y diciendo:

*¿Qué poquito es tiempo corre,
que no da la hora que espero
la campana de la torre!
Dala, campanita, campanita,*

[dala,

que con ella me darás er arma.

Dofia Juana, que era una de las que estaban en el grupo que la oían cantar, no pudo menos que declarar lo bien que cantaba Coralito, y exclamó:

—Mora o cristiama, o bruja, o lo que sea, canta que da gusto oírlo.

—Sí, señor — afirmaron varios del grupo—. Por oír a esta mujé, puede pagarse dinero.

Mientras tanto, lejos de allí, Esteban suspiraba por la libertad perdida y le explicaba a uno de los reclusos, con quien había hecho amistad, el motivo de su encarcelamiento, diciéndole:

—No fueron celos, ¿sabes? No fueron celos. Yo estaba tan seguro de eya como si la viera en los artares... Fue rabiá, ira, ganas de desirle a aquel hombre lo que valia mi felicidad... Pero celos, no... No fueron celos.

Descansó la cabeza sobre sus manos, mientras que el otro recluso le confiaba su delito diciéndole:

—Pues lo mío sí fueron celos. Creí que me cogañaba... y no era verdá... Me lo dijo una mala lengua... Y me entró un ramo de locura en la cabeza.

Esteban le miró asustado y le preguntó rápidamente:

—¿Le matasté?

—No; vive... y en cuanto yo cumpla, la busco.

Esteban pensando en Coralito se acercó a la reja y sin darse cuenta empezó a tararear una canción, que luego cantó en voz alta y que decía:

*Ni los muros más espesos,
ni cerrojos, ni cadenas,
separan a dos amantes
que tienen las mismas penas.*

El preso contagiado por la canción de Esteban comenzó a cantar también:

*Celos tuve de quien quiero,
porque un hombre me mintió,
que sufra esa mala lengua
lo que estoy sufriendo yo.*

Y los dos hombres que sufrían de un mismo pesar quedaron pegados a la reja de la cárcel, con la vista extasiada como si en la lejanía de sus pensamientos vieran las figuras de aquellas mujeres a quien tanto amaban.

Como había dicho Don Nue, él había puesto los ojos en Coralito y no había día que no pasase dos o tres veces por la plaza dispuesto a tener una entrevista con ella. Pero daba la perra casualidad que todavía no había podido

darse la coincidencia de toparse con Coralito, porque, según él, el día que se topara con ella, era ya asunto concluido.

Cuando Mercedes lo vió enfilar la plaza por una de las calles que daban a ella, exclamó, llamando a las oficialas:

—Prevenirse, niñas, que viene Don Nué comiéndose la calle.

Las oficialas se acercaron a la reja y cuando Don Nué pasó cerca de ellas comenzaron todas a toser burlescamente, y Don Nué, amoscado por aquellas tosecitas, exclamó:

—¡Chavó, qué toses! ¿No pasan por aquí las burras?

Y más jactancioso aún de lo que había llegado, seguro de que las había hecho callar, se dirigió a la tienda de Miguel Angel, que presenciaba la escena, y le dijo orgullosamente:

—¿Ha visto usted? Ya está... Tenían las uñas fuera, sorté un golpe y toas en el bosiyo.

Miguel Angel, cuya guasa no tenía límites, preguntó como si de verdad ignorara el motivo:

—Pero, ¿por qué tosan?

—Por ná — respondió Don Nué —: Son jóvenes y como están ar sol...

—¿Y tú has visto a Mercedes? —le preguntó Miguel Angel.

—La he visto, pero sin mirarla... ¡Que sufra!

Miguel Angel se la quedó mirando burlescamente, pero con fingida seriedad le preguntó:

—Parece que está destemplada la mañana.

—¡Pos más lo estoy yo! — exclamó Don Nué.

—¿Qué te ocurre, hombre?

—Lo que usted sabe de memoria, señó Miguel Angel. ¡Mardito sea er queso!... ¿Ha salio esa mujé a la ventana?

—Ni pa sacudi los zapatos — respondió el artista.

—Es que me tiene sin sentio, señó Miguel Angel. De tanto pensá en eya me están saliendo cayos en la frente.

—No te pongas así, hombre, y siéntate aquí y desahoga... ¿Qué es lo que te pasa?

Don Nué se sentó en donde le indicaba Miguel Angel, y cuando pareció estar más tranquilo comenzó diciéndole:

—Na, que desde que la ví ya no hay pa mí mujeres bonitas; me ha segao... ¡Mardito sea er queso!... Si anduviera por er mundo con toas las mujeres, ¿usted se cree que a estas horas no habría yo hecho con lápiz un palito más en la pared de mi cuarto?

Miguel Angel le miró aparentando sorpresa y le preguntó:

—¿Es que apuntas a las tu víctimas con palitos?

—Sí, señó, y está la pared que parese una vaya, y me voy a tener que mudá a otro cuarto más grande.

Miró recelosamente hacia la casa donde vivía Coralito y le preguntó:

—Y er novio, ¿no ha venío?

—Que yo sepa, no... ¿Por qué?

—Porque se me regüerven a mí las tripas de pensá que ese hombre, que a reá la entrá se hasia millonario, munde en esa magnolia y la tenga ahí enserá como si fuera una esclava.

Miguel Angel miró a su amigo fijamente y exclamó, excitándolo más de lo que estaba todavía:

—Pos pa estos crson son las agayas de los hombres... ¿Conque ya lo sabes!

Don Nué movió la cabeza como hombre que está seguro que no ha de faltarle el valor para lo que fuese preciso y respondió:

—Déjese usté di... y dele usté tregua al tiempo, que no va a tardá mucho la noche que suene un beso mío en esa ventana...

—¿No será en un visíyo?—

preguntó bromeando Miguel Angel.

—O en una boca de clave— respondió algo quemado Don Nué—. Si se llama Maria Sumisión, ad estoy propiamente vestido, pero si se llama Sumalinga, me compro un turbante y unas babuchas.

—Y te pones a vender dátiles, ¿verdad?

Don Nué, fijándose en que no le creía todas aquellas brabatas, sonrió como si compadeciera a Miguel Angel y respondió:

—¿Dátiles? Ar tiempo, que voy a gastá un lápiz entero en basé er palito.

Miguel Angel se fijó en un muchacho que entraba en aquel momento en la plaza y llamó la atención de Don Nué diciéndole:

—Mira quién viene por ahí. Ese es el niño de los pájaros... Llámalo en seguida.

—¿Y qué falta me hace a mí er niño de los pájaros? — preguntó extrañado Don Nué.

—Llámalo y no seas tonto... Verás tú cómo sale la paloma.

—¿De verdá? Po ya no es menesté más. Ese niño viene aquí aunque sea por las orejas.

Y llamó inmediatamente al chiquillo a grandes voces diciéndole:

—Niño de los pájaros, ven pa acá—. Y luego volviéndose a Miguel Angel le preguntó extrañado: —¿Y qué hase er niño pa que sarga?

—Na más sino que er otro día cantó aquí su pregón y se asomó a la ventana pa darle una limosna. Es la única vez que yo la he vista.

—Po aquí va a está cantando er niño hasta que sarga— exclamó Don Nué—. Y en cuanto sarga la suerto yo un manojo de flores como quien fuma... y me va a suplicá que no me vaya en lon la vía.

En aquel momento llegó hasta ellos el chiquillo llevando una jaula de caña medio tapada, y encarándose con Don Nué le preguntó:

—Aquí estoy... ¿Quiere usted pájaros?

—No, niño — respondió Don Nué. Y al mismo tiempo que le daba una moneda de plata le dijo: — Ten ahí, niño. Eso es pa que empieces a cantá hasta que yo te diga para. Ya está sortando er pregón.

El chiquillo dejó la jaula en el suelo, se echó el sombrerillo a la cara, se llevó la mano derecha a la mejilla y empezó a cantar:

Pajaritos venden yo...

en la rama los cogí,

y uno se murió,

y otro lo vendí,

y otro se escapó,

y otro me comí,

y otro lo siguió,

Los demás pa quien los quiera están aquí,

Pajaritos vendo yo...

El pregón del vendedor de pájaros dio lugar a que Mercedes y las oficiales se asomaran con la natural curiosidad a la ventana para ver si salía Curulito.

Don Nué, fijándose que en la jaula no había ningún pájaro, se encaró con el chiquillo diciéndole:

—Oye, tú, ¿y los pájaros?

—Ya no llevo ninguno — respondió el niño—. Eso era ar principio. Ahora vivo der pregón.

—Oye, chavá — le dijo Miguel Angel—, échale una copla a la reina mora a ver si la vemo.

—¿Y eso no vale ná? — preguntó el vendedor de pájaros con una precocidad no propia de sus años.

—Toma y canta, niño— le dijo Don Nué entregándole otra moneda.

—Muchas gracias — exclamó el chiquillo—. Así se me vienen

más cosas ar sentio. Fijese en ésta que se ma' ocurrió ahora mismito:

*Asómate a la ventana,
que tienes ojos de mara
y corazón de cristiana.*

—¡Pero, que mu bien! — exclamó entusiasmado Miguel Angel.

Al terminar de cantar la copla, todos miraron ansiosamente hacia la ventana de Coralito para ver si salía, y en vista de que permanecía cerrada, Don Nué exclamó desconfiado:

—No sale.

—Po ahora verá usté si sale— le dijo el niño—. Ahí va otra copla:

*Reina de la mortería,
asómate a esa ventana
pa que yo tengo alegría.*

—¡Pero esas cosas las sacas tú de la cabeza, niño? — le preguntó entusiasmado Don Nué.

—¡Pos no lo está usté viendo! — exclamó el chiquillo.

—¡Cayarse — exclamó de pronto Miguel Angel, señalando para la ventana de Coral,

en aquel momento había oído al chiquillo y salía para darle una limosna, el cual al verla echó a correr para recoger en el sombreroillo las monedas que le echaba y decirle:

—¡Olé! ¡Dios se lo pague, que tie' usté el corazón mejó que la cara! ¡Bendita sea la hora en que una persona tan rica de sentimiento se vino a este harrio tan pobre!

Los elogios del chiquillo hizo que Coralito sonriera con tristeza, y el vendedor de pájaros cada vez más entusiasmado siguió diciéndola:

—Quiera la Virgen der cielo que cá' vé que saque usté la mano por esas rejás pa darme un ocha-vito, aunque sea moruno, se le entre por er pecho una alegría. Y que er Señor le dé a usté más salud que simpatía le ha dao, señora.

Don Nué creyó llegado el momento de su intervención y exclamó, para que lo oyera Coralito:

—Y que se asome usté de cuando en cuando, hija.

Coralito apenas oyó la voz de Don Nué que pretendía acercarse a la reja, la cerró violentamente. Ante tal desaire, todos los que presenciaron la escena soltaron la carcajada, mientras que



El bautizo fué por
toda la alta.



Coralio era conocida
en todo Triana.



Reinaba la alegría por
todas partes.



Se entretenía dándole
de comer a los
pájaros.



Ni los muros más
espesos, ni serror-
jas, ni cadenas...



Esteban estaba cada
día más enamorado
de su novia.



- Que el señor le dé a
usted más simpatía
que solía.



- Se entregó a la
justicia.



—Va a subí la san-
gre siete metros sobre
el nivel del mar.



Dajarilos vendo yô
que en la rama
los cogí.



Pasó el castigo tirano
pasó la suerte maldita.



Por lo que toca a ese
valiente la feca me
está bailando ya.



Don Nuez se aproxima a la reina de Coralito.



Don Nuez se decidió a seguirla.



La alegría resplandeció otra vez en los rostros de los dos enamorados.



Oyó la voz de Esteban que cantaba.





El bautizo fué por
todo lo alto.



Corallito era conocida
en todo Triana.



Destaba la alegría por
todas partes.



Se entretenía dándole
de comer a los
pájaros.



Ni los puercos más
sucios, ni sacro-
jos, ni cadenas...



Estaban estaba cada
día más enamorado
de su novia.



- Que el señor le dé a
usted más simpatía
que salió.



- Se entregó a la
justicia.



- Va a subí la san-
gre siete metros sobre
el nivel del mar.



Pajarlos vendo yó
que en la roma
los cogí.



Pasó el castigo irano
pasó la suerte maldita.



Por lo que hice a ese
valiente la face me
está bailando ya.



Don Nuez se aproxima a la raja de Corallo.



Don Nuez se decidió a seguirla.



La alegría resplandeció otra vez en los rostros de los dos enamorados.



Oyó la voz de Esteban que cantaba.

Miguel Angel le decia a su amigo:

—¡Don Nué, qué labia tienes!

—Como que se las yeva de caye — exclamó burlonamente Mercedes.

—Con abrí la boca ná más — dijo una de las oficialas, quemándole la sangre a Don Nué, que no sabía qué hacer en aquellos momentos.

—Te has quedao mu quemao, Don Nué — le dijo Miguel Angel.

—Es que las mujeres son candela, señor Miguel Angel — respondió.

—Pos déjate de quimeras y no seas loco — le aconsejó seriamente Miguel Angel. Y señalándole para Mercedes que cosía al lado de la reja siguió diciéndole: —Aquella que cose es la tuya.

Don Nué movió la cabeza dubitativamente y respondió:

—Pué sé que tenga usté razón, pero er desaire de esta otra, me ha segao... ¡Mardito sea er queso!

Se quedó mirando fijamente hacia una de las calles que afluyen a la plaza, y Miguel Angel al verlo tan entusiasmado mirando le preguntó:

—¿Qué pasa?

—¡Mardita sea er queso! — exclamó casi sin poderse conte-

ner — ¡Que viene ahí ese aragután! Me güervo de esparda pa no tené pendensia.

El orangután a que se refería don Nué era el propio Cotufa. Este llegó por una de las callejas hasta la plaza, cruzó por delante de donde estaban Miguel Angel y don Nué, y quedó unos segundos contemplándolos desafiador. Sabía la impresión que causaba su presencia en la plaza, y se aprovechaba de ella para intimidar a cuantos le miraban. Después de aquel gesto de desafío y viendo que nadie le decía nada, siguió andando tranquilamente hasta la reja del taller de Mercedes y volvió a detenerse para contemplar a las oficialas. Estas y la maestra, al verlo, tuvieron que hacer un esfuerzo para no reírse, hasta que Cotufa se dirigió de nuevo a la casa de Coral.

En cuanto se apartó de la reja, una de las oficialas exclamó, como quien se quita un peso de encima:

—¡Jesú, qué hombre más feo! Paese un corcho quemao.

—Po fijate en er meneo que lleva.

Mercedes, que también lo siguió con la vista, ante las exclamaciones de las oficiales no pudo menos que decir:

—Como no tenga arguea ha-

billá secreta, no me explico er partido entre la mujeres.

—¡Callarse! — exclamó una de las oficiales.

La orden se debía a que Cotu-fu había vuelto la cara hacia ellas, antes de entrar en casa de Coral; luego volvió a mirar con desdén a Miguel Angel y a don Nué, y dándose más pomposidad que un sultán, entró por fin dentro de la casa de su hermana, al mismo tiempo que don Nué exclamaba indignado:

—Hasta en carsonaiyos se da tono ese tío.

Miguel Angel, que le gustaba quemarle la sangre a don Nué, se

le quedó mirando fijamente y exclamó:

—No no creas que me ha hecho gracia que venga ahora.

—¿Por qué? — preguntó algo alarmado don Nué.

—Porque me paesc que no le ha hecho ninguna gracia a él er verte aquí.

Don Nué, tomando un aire de perdonavidas, al ver que el enemigo estaba lejos y no le podía oír, exclamó:

—Pos ya se acostumbrará a verme aquí.

Y se sentó de nuevo, como aquel que espera que alguien venga a desafiarlo y está dispuesto a jugarle la vida.

EL RECURSO DE LOS FEOS

Cotufa no dejaba un solo día de ir a ver a Esteban. Y mientras que no llegaba Coral, estaba que no vivía. Por lo mismo al ver entrar a su hermano corrió a su encuentro y le preguntó ansiosamente:

—¿Lo has visto?

—Sí —respondió Cotufa—.

—¿Y cómo está?

—Calcula tú —replicó su hermano—, contando los días que le faltan pa salir de allí.

—¡Ay!—suspiró ella—. Mientras serca se tiene la libertad, más largas son las horas.

—Tó yegá en er mundo, mujè; también tiene que yegá ese día. Y oye una cosa que se me ha ocurrido, Coral. Yo voy a sacá tajá de este fregao.

—¿Qué quieres dest? —pre-

guntó Coral, sin comprender cuál era la intención de su hermano, ni a qué «fregao» se refería.

—Verás —empezó diciéndole Cotufa—. Como pasó aquí por tu novio y lo llevamos tó con tanto misterio y tú paeses una mujè del otro mundo, tengo un cartè en er barrio que la que más y la que menos sueña con desbancarte.

Coral que conocía la sangre gorda de su hermano, no pudo menos que sonreír ante lo que le decía y exclamó:

—Alguna diablura se te habrá ocurrido.

—Ná, recursos de los feos pa igualarnos con los bonitos. Ya verá tú lo que he pensado.

Coral lo miró intranquila. Su

estancia en aquel barrio había dado ya bastante que hablar y temía que su hermano fuera a intentar cualquiera de sus muchas travesuras que la hicieran aun más vista, y le dijo por lo mismo:

—Cotufa, piensa en la situación en que estamos aquí.

—¿Y qué lle eso que ver? — preguntó su hermano.

—Que debes tener miramiento y saber lo que haces. Ya sabes que no quiero que nadie pueda hablar de mí.

—Descuida, hermana — respondió Cotufa, abrazándola cariñosamente — Yo sé lo que tengo que hacer, y tú no debes preocuparte por mí. Se trata de un asunto que a mí sólo atañe.

Y al ver que su hermana no demostraba mucha tranquilidad ante sus palabras, le dijo:

—Oye, Cora. ¿Es que acaso no has pensado tú nunca que yo pueda enamorarme?

Coral le miró con los ojos muy abiertos. Verdaderamente jamás había pensado en tal cosa. Cotufa era para ella tanto, lo quería de tal forma y lo creía tan suyo, que jamás pasó por la imaginación de Coral que su hermano pudiera enamorarse. En aquel momento se dió cuenta de lo en-

gañada que estaba. Verdaderamente Cotufa tenía razón. El también tenía derecho a sentir aquel sentimiento que para ella era el norte y guía de su vida. El también podía querer a otra mujer, casarse con ella y formar otro hogar. Este pensamiento le hizo palidecer, ante la idea de verse separado de su hermano, y Cotufa al advertirlo le dijo sonriendo:

—Parece que no te ha sentado muy bien mi idea.

—No es eso — le respondió ella —. Es que te quiero tanto, que me había hecho a la idea de que nunca nos separaríamos. Ahora me doy cuenta de que eres hombre y de que dejarás de ser para mí lo que hasta hoy has sido.

Cotufa se echó a reír. Aquel temor de su hermana no era sino una demostración del mucho cariño que le tenía, y le respondió:

—Cuidao que eres chiquiya. ¿Crees acaso que porque a mí me guste una mujer voy a dejar-te? Tú serás siempre pa mí la primera de toas. Yo velaré por ti hasta que Esteban salga de la cárcel y entonces tengas quien te arruye, paloma.

En pocas palabras le expuso el plan y le confió que estaba cua-

morado de Mercedes, diciéndole al final:

—Ya comprenderás que pa conseguir que me escuche tengo que valerme der recurso de puresé un Oteló. Y que lo voy a poné en práctica desde ahora mismo.

Se despidió de ella y al salir Cotufa se acercó a la reja que abrió disimuladamente Coral diciéndole en voz alta, para que fuera oído de don Nué y Miguel Angel:

—Y que no güerva a susede, ¿lo oyes?

—Pero, Antonio, ¡por Dios!— respondió Coral siguiendo las instrucciones de su hermano.

—Lo dicho — exclamó Cotufa, demostrando una gran indignación — Ni respirá siquiera. ¡Adentro!... Y por lo que toca a ese valiente... La faca me está bailando ya en la cintura... ¡Adentro he dicho!

Don Nué al oír a Cotufa sintió que todo su valor se eclipsaba. Pero, como es natural, quiso disimularlo ante Miguel Angel, y para marcharse le dijo a su amigo:

—Misté, señó Angel. No quiero camorra y me voy.

—¿A dónde vas?

—A dar una güerta por el ba-

rrío hasta que ese tío se vaya... No quiero perderme por una insignificancia como ese hombre.

—Y yo le voy a dar una güerta a mi armuero — exclamó Miguel Angel a quien tampoco le hacía ninguna gracia el tener que vérselas con Cotufa.

Se oyó también la voz de Mercedes que decía a las oficialas:

—Niñas, a casa, que tocan a armosa. Dejá la costura.

Fueron saliendo las muchachas, mientras que Mercedes se quedó cerca de la reja arreglando la costura de las oficialas, hasta que Cotufa se acercó allí contoneándose jactanciosamente. Al ver a Cotufa pegado a los barrotes de la reja, no pudo contener la risa y lanzó una carcajada que hizo exclamar a él:

—¿Pero soy tan feo que hago gracia?... ¿Me llaman Cotufa con razón?

Mercedes no quiso responder y siguió arreglando la costura, hasta que de nuevo insistió Cotufa:

—¿No oye usted, niña? ¿Usted no considera que si lo feo diera de reír, er vela a usted y echarse a llorar tó sería uno?

Mercedes halagada por la galantería del muchacho, dejó de

trabajar y se acercó a la reja diciéndole:

—¿Y quién le ha contao a usté que yo me río de su persona?

—Yo que lo he visto—respondió Cotufa—. Y puede usté reírse mientras no pase otro más feo... ¡Que ya hay pa un ratol!

—No se eche usté tanto por tierra, hombre—respondió Mercedes—. ¿Se le ofrese a usté alguna cosa más?

—Nâ má que una.

—¿Cuál?

—Pédile a usté permiso pa seguir hablando.

Mercedes sonrió hurlonamente, y mirando hacia la reja de Coral le preguntó:

—¿A pesar de la novia de enfrente?

—A pesar de la novia y de tó—exclamó scriamente Cotufa.

Mercedes, cada vez más halagada ante la galantería de Cotufa y viendo que vencía a la que consideraba su rival en el barrio, respondió:

—Tenga usté cuidao no se arrepienta luego.

Cotufa se encogió de hombros, queriendo demostrarle que a él no le importaba, y siguió diciéndole:

—Eso es cuenta mia.

—Bueno, pues hable usté lo

que quiera — terminó diciéndole Mercedes, dispuesta a escucharle—. Puede usté hablâ hasta que se le caiga la campanilla y pase un gato y se la coma.

—¿Y si er que viene es don Higo y no un gato?

—¿Usté lo dice por don Nué?

—Por ese mismo.

—¿Le tiene usté miedo?

—Miedo no le tengo yo a nadie — respondió valientemente Cotufa—. pero me da mucha pena que un tipo así mande en un tesoro de este preao.

Mercedes cada vez más ufana le respondió:

—Lo uno, que no manda, y lo otro, que a usté le debía tené sin cuidao. ¿No tiene usté ahí a su reina mora, hijo?

—Ahí la tengo, es verdâ, pero piense usté que la pue destronar una reina cristiana.

Mercedes lanzó una curcajada de verdadera satisfacción al ver que iba a conseguir vencer a su rival, y Miguel Angel que salía de la tienda, al verlos hablando se santiguó asustado, exclamando:

—¡Ave María Purísima! ¡Er de la surtana con Mercedes!

Quedó un momento parado para oír lo que decían, pero hasta el sólo llegó el rumor de las

frases, sin poder escuchar que Mercedes seguía diciéndole a Cotufa, cada vez más amistosamente:

—Yo creo que usted se alimenta de embustes fritos.

—Usted me ha conocido — exclamó Cotufa—. Lo que parece mentira es que yo cogané hasta a mi madre; porque me esperaban en agosto y vine en septiembre, no le haya dicho a usted más que verdades como puños.

—¡Pero, hombre de Dios! — volvió a decirle Mercedes—. Si con lo que me ha dicho usted hay pa' hacé tocar la música... ¿Cree usted que voy a creerlo?

—El tiempo le dirá a usted que es verdad — respondió Cotufa despidiéndose.

—Ya veremos lo que dice el tiempo — contestó ella.

—Quee usted con Dios.

—Vaya usted con é — exclamó Mercedes, sonriéndole halagadora como si lo incitase a que volviese.

—Y que siga usted tan guapa.

—Y usted tan feo — respondió riendo.

—Y usted con tantísimo ángel.

—Y usted con tantísima simpatía — terminó diciéndole ella y separándose de la reja al oír que volvían las oficiales.

Pero Cotufa no se había dado por satisfecho con aquel pequeño coloquio. Se había dado cuenta de que tenía la partida casi ganada y quería tener la plena seguridad de que Mercedes no le rechazaría si volvía por la noche a la reja, y por lo mismo lo dijo, antes de que pudiera entrar:

—Oiga usted, niña.

—¿Se le ha olvidado a usted algún recado? — preguntó ella burlescamente.

—Uno muy importante y que no me puedo ir sin desírsele.

—¿Es muy urgente? — preguntó ella.

—Como que na' más que por el he venido — siguió diciéndole Cotufa.

—¿Y no se habrá equivocado usted?

—¿No es aquí donde vive la mujer más bonita de Sevilla? Pues aquí es donde tengo que dárlo.

—Pues si no es muy largo de esperar, porque las muchachas ya empiezan a llegar.

Se acercó otra vez en la reja para escucharle, y Cotufa, tosiendo dos veces como si tuviera pelusa en la garganta, empezó diciéndole:

—Pues se trata de que hay alguien que esta noche quiere ve-

nir a esta reja a ver si también de noche salen las flores.

—¿Y no tiene miedo ese hombre al ruso?

—Ese hombre no le tiene miedo a mí. Lo único que le asusta es que usted le puea desí que no.

—¿Tanto mico le puede causá eso?

—Casi la muerte — respondió con la exageración propia de todo andaluz.

Mercedes sonrió antes de contestar. Se fijó en Cotufa y pudo comprobar todo lo feo que era. Pero por otra parte no podía menos que reconocer que aquel demonio de hombre tenía mucha gracia. Iba ya a decirle que sí, cuando pensó en la reina mora y respondió:

—¿Y si hay moros en la costa?

—Yo sé espantarlos — respondió Cotufa—. ¿Quedamos en que...?

—En que haga usted la prueba y, ya hablaremos más despacio. Ahora no es tiempo de ello.

Antes que se separaran había llegado don Nué y al ver a Cotufa en la reja de Mercedes creyó que la sangre le cegaba la vista y exclamó furiosamente:

—¡Mardito sea er queso!

Cotufa ni le oyó siquiera. Se separó de la reja y al ver a una

de las oficiales la piropó entusiasmado diciéndole:

—¡Olé, las pies chiquirritines! ¡Eso son piñonsitos con zapatos! Vaya usted así, a pasito corto como las palomas.

Apareció otra oficiala, y Cotufa se enredó con ella diciéndole:

—Viva lo rubio ar sol, que paese oro.

En este momento apareció Mercedes en la puerta seguida de una oficiala, y Cotufa exclamó entusiasmado:

—Ya salió la luna! ¡Que se quiten de en medio toas las estreynas!

Don Nué, comiéndose la bilis que le ahogaba por dentro, exclamó:

—¡Mardito sea er queso!

Mercedes sonrió ante el piropo de Cotufa al mismo tiempo que miraba burlonamente a su antiguo galanteador, que la había dejado por la reina mora. Cotufa sin darse cuenta de aquel juego de miradas siguió diciéndole, al mismo tiempo que le tiraba la capa que llevaba puesta, al suelo:

—Arma mía, pise usted esta capa, pa recortá los peasitos y hacerse con ellos un escapulario.

Mercedes riéndose cada vez

más pisó en la capa que le había extendido a sus pies Cotufa y exclamó:

—Ya está. Ahora tenga usted cuidado no vaya a resfriarse.

Pasó por encima de la capa, que luego recogió Cotufa exclamando:

—Después de esto, ya no me importa morir.

Miguel Angel y don Nué, que había ido hasta la tienda de aquél, miraban toda la escena, hasta que Mercedes acercándose a ellos exclamó burlonamente:

—¿Usted no dice ná, don Nué?

La oficiala que iba con Mercedes, al ver la actitud del antiguo galanteador de su maestra exclamó irónicamente:

—Se le ha hinchao la nué y no pué blá.

—has fijao tú—le respondió Mercedes—; paese que lleva el postre a medio tragá.

Pasó ante ellos, y don Nué, acercándose a Miguel Angel para tener un defensor exclamó, disimulando el miedo:

—Sosténgame usted, señó Miguel Angel, porque hoy me busco una ruina.

Cotufa al pasar junto a don Nué se embozó con la capa haciendo que ésta le diera en las narices y haciéndole exclamar:

—¡Hombre!... ¡Hombre! ¿Se ha creído usted que toa la calle es suya?

Cotufa le miró sin darle importancia ninguna, y en voz alta para que lo oyera Mercedes le respondió:

—Así me espanto yo las moscas.

Don Nué adelantó un paso rabiosamente y Miguel Angel le detuvo diciéndole:

—¡Quieto aquí!

Don Nué se detuvo inmediatamente ya que él tampoco tenía ganas de pelea, y solamente exclamó, como el hombre que se teme a él mismo:

—Va a subí la sangre siete metro sobre el nivé der mar.

Miguel Angel sabía que su amigo no era capaz de matar un mosquito. Sabía que todas sus bravatas se acababan en cuanto había alguien que le hacía cara y que no era más que un infeliz. Para divertirse a su costa, con esa guasa socarrona tan propia de todo sevillano, le dijo:

—Ya creo que debes tener cuidado con ese sujeto.

Don Nué miró a Miguel Angel con cierto interés y le preguntó:

—¿Cree usted que a mí me gusta un escuchimiso como ése?

—¡Hombre! — respondió Miguel muy serio—. Ya sé que tú no te achicas por ná; pero como se trata de un hombre de quien se cuentan tantas historias, a lo mejó es de los que buscan camorra solamente por el placer de matar a un hombre.

A don Nué se le heló la sangre en las venas. Verdaderamente lo que le decía su amigo debía ser verdad, porque había que ver de qué forma lo había mirado. Mas al sentirse libre de la presencia de Colufa, se sentía también más valiente que el mismo Cid Campeador, y respondió:

—Toavía no ha nacio el hijo de su madre que sirva pa matarme a mí. Ya sabe usté, Miguel Angel, que donde vaya un hombre voy yo.

Miguel Angel, dispuesto a quemarle la sangre, le respondió:

—Es que los hombres también van a la sepultura... La verdá, yo créo que lo mejó es que no tuvieras muchas razones con ese hombre. Tlé una manera de mirá que no me gusta, y a lo mejó es de los que no dejan nunca la cara en su casa.

—Sí, pué sé que tenga usté razón — respondió don Nué, algo más achicado ante las palabras de su amigo—. Pero, ¿cree usté

que yo voy a dejá que esa mujer no me mire siquiera?

—Eso... tú verás lo que más te conviene. Yo solamente te doy un consejo... y hasta mañana.

Quedó solo don Nué, miró varias veces hacia la casa donde vivía Coral, y de pronto pensó en que pudiera salir Colufa y encontrárselo solo, y suceder lo que Miguel Angel le había dicho. Ante aquella idea decidió alejarse lo antes posible y salió de la plaza, que se hallaba completamente sola.

A la mañana siguiente era todavía muy de madrugada cuando don Nué hacía ya guardia delante de la iglesia, a la que Coralito solía acudir a oír misa. Salió una vieja beata y al verlo le preguntó extrañada:

—¿Va usted a misa de alba, don Nué?

—No, señora — le respondió malhumorado—: voy a acostarme.

—¿A estas horas? — exclamó la vieja asustada—. ¡Jesús, qué mala vida! Ha habido juerguecita, ¿eh?

—¿Juerguecita? ¡Juergaso! En dos carmos bemaos acabao con las existencias... Y tó por vé si orvído a una gachí... Y no sé me

orvia cuando me presentan un resibo.

—Pó a resinar-se y que usté descanse, don Nué — respondió la vieja siguiendo su camino.

Acababa de marcharse la vieja cuando salió Coral de la iglesia, y don Nué se decidió a seguirla. Coralito sin hacerle caso llegó hasta su casa, abrió la puerta sin fijarse en él y entró cerrándola inmediatamente.

Don Nué miró el reloj. Eran las siete de la mañana y se dispuso a esperarla diciéndose:

—¡Eya sardrá!

Pero el reloj de la torre dió diez campanadas, indicando que hacia tres horas que don Nué esperaba, sin que saliera Coral, hasta que por fin apareció la muchacha, seguida de su hermano, que la despidió en la misma puerta de la casa diciéndole:

—Dile a Esteban que yo iré a verlo pronto. Que ahora no voy contigo pa no estorbá.

—¡Ay, Antonio de mi arma! — exclamó ella tristemente. — Ya queda menos. ¿Cuándo llegará el día que sarga?

Cotufa la acarició fraternalmente y trató de animarla diciéndole:

—Ya saldrá, mujé, y te cansarás de está a su lao.

—¡Lo que va esa!... — suspiró ella.

—Anda, vete ya, que yo voy a divertirme un rato con don Nué. ¡Qué hombre! Hasta peleándose es gracioso.

Don Nué, cansado de tanta espera, había terminado por quedarse dormido donde estaba sentado, de forma que cuando salió Coralito ni siquiera se dió cuenta de su presencia. Cotufa que le vió sentado en la acera, debajo de sus balcones, subió a ellos y se puso a regar las macetas, de forma que le cayera el agua a don Nué, que se despertó exclamando:

—¡Otra vez las goteras?—Y al ver de lo que se trataba, se encará con Cotufa diciéndole:

—Pero oiga usté. ¿No ha visto que habia una persona aquí?

Cotufa desde el balcón le respondió amenazándole con la regadera:

—¡A cayá... o le riega de otro modo!

—¡A que subo y se come usté eso que ha dicho?

—¡A que no sube usté?—respondió Cotufa recreándose en la desesperación de don Nué. Y haga usté er favó de no seguir más a mi amante, o le saco al

aire esa nué que lo ha hecho famoso.

—¿Usté va a sacarme la nué?
—le preguntó desafiándole don Nué.

—Yo mismo — exclamó Cotufá —. Pa vé si esa nué es un mingo de billar o un huevo pa sursi carsetines.

—Bueno — terminó diciéndole don Nué —. Pa que vea que no me asusta, yo espero a esa mujé aquí sentao hasta que sarga de la casa.

Cotufá se encogió de hombros y le respondió:

—Por mí puede usté está ahí hasta el día der juizio finá.

Y cerró el balcón, dejando al pobre don Nué esperando que Coralito saliera de la casa.

Esta, entretanto, había llegado a la cárcel, y en la misma puerta quedó parada unos segundos, sintiendo toda la pena que debían sentir los que se encontraban dentro de ella. Al cruzar uno de los pasillos de la cárcel oyó la voz de Esteban que cantaba una canción que decía:

*A la reja de la carse
ven, estrega, ven, luero,
a darle gusto a mis ojos,
descanso a mi pensamiento,
Chiguilla,*

*de la vengansa de un hombre
defendí tu personga.*

Te quiero,

*por causa de tu cariño
no me importa verme preso.*

Siguió Coral el camino que le indicaba uno de los carceleros y continuó oyendo la voz de otro preso que cantaba:

*Me pigaron los guardias
porque soy tonto,
pue me gusto lo ajeno
más que lo propio.*

Al cruzar otra celda, la voz de otro preso le salió al paso cantando:

*En er calaboso oscuro,
dónde por mí mal me veo,
la tristeza de mi arma
va esbaratando mi cuerpo.*

Nuevamente se oyó la voz del preso que primeramente había cantado, que entonaba:

*Mi papá fue cuatrero,
mi mamá sajón,
y mi hermana una cosa
que no quiero desl.*

Por fin llegaron al locutorio, donde el guardián de la cárcel la dijo:

—Sientese usted mientras lo llaman—. Y gritando a guisa de pregón exclamó—: ¡Esteban Romero y Martínez!... ¡Que lo buscan!

Luego fué otra vez junto a Coral y la dijo:

—Ya le falta mu poco pa cumplir. Er directó le considera bastante. Como sabe que está preso por una cosa de hombres y no por malhechor... El mismo me lo ha contao mucha veses... Pero dise que usted le paga en buena moneda y que está tan presa como é.

—Y dise bien, que tan presa estoy como é lo está. ¿No le prendieron por herir a un hombre que me ofendía? Pos iguá pena nos cabe a los dos. Y me fui de mi barrio y me metí en la casa der Duende, pa que ni me vieran ni me hablaran, pa podé pensá en é de noche y de día. Pa viví pa er solo.

Por el lado contrario de la cancela apareció Esteban y un guardia que le franqueó la salida. Este al ver a Coral se apartó discretamente hacia la puerta y desapareció para dejar solos a los dos amantes. Esteban al ver a su novia dió un grito de alegría, y los dos enamorados cantaron

como un himno de gloria aquel amor que los unía.

El. — ¡Coralipo!

Ella. — ¡Esteban!

El. — ¡Ay, gitano!

Paso la pena tirana,

paso la suerte mardita,

ven aquí.

Dios bendiga esta mañana.

Dois te trajo a mí verita,

ya te vi.

Ella. — ¡Ay, gitano!

Paso el castigo tirano,

paso la suerte mardita,

Ven aquí.

Dios me trajo de su mano.

Dios me puso a tu verita,

¡Ya te vi!

Pobresito mío,

preso por mi causa,

qué pena me da.

El. — ¡Pobresita mía!

Tiene los ojitos malos de yorá.

Copita de plata

quisiera tené

pa cogé las lagrimitas

de tus ojos

y bebérmelas después.

Ella. — Cajita de oro

quisiera tené

pa guardá los pensamientos

que a ti solo consagré;

pa guardá los secretitos

de mi arma

y entregártelos después.

El — *Tu persona y tu cariño
me acompañan
aunque no te tenga delante.*
Ella — *Por el día y por la
noche besos* [noche
que tú debes de mandarme.
El — *Ya pronto serán tus*
la carne mía, [brazos
y tus ojos los carceleros
que me vigilen noche y día.
Ella — *Ansias tengo yo*
de que pierdas, chiquito a
los tu libertad. [¡mi vida

Los dos enamorados habían estado cantando aquellas ansias de sus corazones, estrechamente unidos, hasta que de pronto salió el guardián y les dijo cariñosamente:

—Vamos, güeno está ya.

Esteban dejó a su novia y volviéndose hacia el empleado le respondió sonriendo:

—¡Qué va a está güeno!

—¡Si no yevamos ni dos minutos!—exclamó Coral.

De pronto sonó una voz en el interior de la cárcel llamando a un preso y gritando:

—José Castillo y García... Con la ropa.

—¿Qué es eso? — preguntó Coralito mirando fijamente a su novio.

—No te asustes, alma mía—le

respondió su novio—. Es uno que se va antes que yo. Pero poco nos queda ya a nosotros que sufrir también. No te apurra.

Nuevamente el empleado de la cárcel les dio a entender que tenían que separarse, y el muchacho se despidió de su novia diciéndole:

—Adiós, Coralito hasta pronto, que cambiaré esta compañía por la tuya.

—Hasta pronto, que dejarás estas paredes marditas — exclamó Coralito haciendo un esfuerzo para contener las lágrimas.

No tuvo fuerzas para separarse de aquel sitio hasta que Esteban desapareció en la larga galería de la cárcel. A medida que se alejaba él, sentía Coral que su corazón latía con más violencia. Hubiera dado su vida por poder permanecer al lado del hombre que tanto adoraba, durante todo el tiempo que le quedaba de estar encerrado allí.

Coral sabía que amaba mucho a Esteban, pero jamás pudo concebir que su amor fuese tan grande como en aquellos momentos.

Hacia unos minutos que Esteban se había marchado y aun estaba Coral en el mismo sitio. Le parecía a ella que mientras estu-

viera dentro de la cárcel, estaba también más cerca de su Esteban, y allí permaneció hasta que el carcelero salió de nuevo y mirándola compasivamente le dijo:

—Niña, que ya ha acabado la hora de la visita,

Coral suspiró como si volviera a la realidad. Su pensamiento estaba tan lejos de todo lo que no fuera Esteban, que ni siquiera se dio cuenta de que se hallaba sola. Ante las palabras del carcelero, sonrió tristemente y salió pausadamente de la cárcel, volviendo continuamente la mirada hacia el sitio por el que había desaparecido Esteban.

En la calle antió el fresco del atardecer. La semioscuridad de la noche se entretenía en desfigurar los objetos y tomaban formas extrañas, como si todo lo que rodeaba a Coral fuera distinto de lo que había visto al llegar allí.

Se llevó el pañuelo a los ojos para secarse las lágrimas, y sus labios repitieron varias veces el nombre de Esteban. Aquel nombre era la obsesión de su vida y la meta de todas sus esperanzas e ilusiones.

Lentamente, con el mismo dolor que una Magdalena, se diri-

gió hacia su casa, hacia aquella casa que ella había elegido como cárcel propia para sufrir la misma condena que sufría el hombre que había sabido exponer valientemente por su amor, su vida y su libertad. La figura de Esteban se agigantaba ante ella en aquellos momentos y lo concebía como el hombre único de merecer todo el amor que ella sentía por él.

Era de noche y aun estaba don Nué esperando que saliera Coral. Su paciencia solamente era comparable con la del mismo Jehu, y cuando más abstraído estaba en sus pensamientos cayó a sus pies una maceta arrojada desde uno de los balcones de la casa de Coral. Sin duda Cotufa había querido gastarle una broma, y el susto que le dió fué verdaderamente morrocotudo. Se levantó indignado don Nué y llamó repetidamente a la casa sin obtener respuesta. En aquella situación le encontró Miguel Angel que le preguntó extrañado de verle allí.

—¿Qué hace aquí, don Nué?

—Esperando a que sarga ese lucero, que me tiene loco—respondió don Nué—. Ha entrado y todavía no ha salido.

—¿Y cuándo ha entrado? — preguntóle su amigo.

—Esta madrugada.

Miguel Angel se echó a reir y poniéndole un brazo sobre el hombro le dijo:

—¿Y tú no sabes que esta casa tiene dos puertas?

Don Nué se le quedó mirando irritado. Aquella burla no la podía consentir un hombre como él, y al ver casualmente cruzar la plazuela a Cotufa se encaró con el muchacho diciéndole:

—¿Por qué no me ha dicho us-

té que esta casa tiene dos puertas?

El hermano de Coral, sin perder su guasa habitual, le respondió:

—Porque tiene tres: dos puertas y una gatera.

Y sin hacerle más caso le volvió la espalda, mientras que don Nué se encoraginaba consigo mismo y se decía, como si quisiera contener toda la bilis que estaba tragando:

—La sangre va a zarpicá el girardiyo.

LA ANSIADA LIBERTAD

Habían pasado tres días, tres días en los cuales Coral había contado hasta los segundos de las horas, pensando en el momento de volverse a encontrar otra vez en los brazos de su novio.

Mucho antes que amaneciese el día ya estaba Coral levantada y preparada para ir a la cárcel y esperar la salida de Esteban. Su impaciencia era tal que sin poderse contener llamó a su hermano y le preguntó:

—¿No ha venido todavía

—Todavía no, mujé— respondió Cotufa—. Ten paciencia.

El que había de llegar era el padre de Esteban. Este tampoco tardó en presentarse, y los tres juntos fueron en busca de Esteban para abrazarlo en cuanto saliera de la cárcel.

Durante el camino, tanto Coral como el padre de Esteban apenas si hablaban. La alegría que inundaba sus corazones les hacía ir silenciosos, pensando en el momento supremo de tener entre sus brazos a aquel ser a quien tanto querían todos.

Cotufa, al verlos tan callados, no pudo menos que decirles para animarlos:

—Pos no parece que vayan ustedes a esperar la salida de Esteban.

Coral y su suegro le miraron sin comprenderle, y Cotufa siguió diciéndoles:

—Ná, lo que digo; que en vez de paresé que vamos a esperar su salida, cuarquiera diría que vamos a vé su entrada.

El padre de Esteban ante aquellas palabras preguntó:

—¿Por qué dices eso?

—Por lo cayaos que van ustedes. ¿Es así como se demuestra la alegría?

El padre de Esteban, como hombre maduro ya, le respondió:

—De toas formas se pueda demostrar la alegría, Cotufa.

—Pos yo no la he visto nunca demostrar así.

—La alegría de una persona —siguió diciéndole el padre de Esteban— pueda ser a veces tan grande que hasta te hase enmudecer. Es algo que no se comprende, pero que es así. Si no preguntásele a Corá y eya te dirá lo mismo.

—Algo tiene que haber de eso —replicó la muchacha—. Yo no hago más que pensá en las cosas que voy a decirle, y toas me paresen pocas pa la alegría tan grande que tengo.

El viejo miró cariñosamente a la muchacha. Sabía lo buena que era y el cariño que tenía a su hijo. Bien es verdad que Esteban estaba preso por defenderla, pero eso le llenaba a él de orgullo al ver que su hijo había sabido ser lo suficientemente hombre para defender el amor de la mujer

que había de ser su esposa. Si Esteban no hubiera hecho aquello, tal vez su pena hubiera sido mayor. El viejo era de aquellos hombres que no temía a nada y a nadie y que calculaba que para que un hombre fuese digno de una mujer era preciso que lo demostrase, sabiéndola defender.

Por fin llegó aquel momento de tan intensa emoción en que las palabras no son suficientes para poder explicar los sentimientos que un alma experimenta. Esteban al salir corrió a abrazar a su novia, y su padre limpiándose las lágrimas exclamó:

—¡Por fin, hijo mío!

—¡Padre! —gritó Esteban corriendo a abrazarlo. Y lanzándose luego a los brazos de Cotufa le dijo:— ¡Hermano!

Coral volvió otra vez a los brazos de Esteban y exclamó, loca de alegría:

—Vale la pena de lo sufría, por este momento.

—¿Verdä que sí? —preguntó riendo Esteban—. Pronto te llevaré a casa de mi padre.

—Pa no separarnos más—terminó diciendo ella.

Y muy amartelado, sintiéndose cada uno más del otro, soñando con la felicidad que los

aguardaba, se dirigieron para la casa de Coral, sin que nadie de la plaza los viera entrar. Es decir, nadie, no. Casualmente doña Juan la loca pasaba por allí en aquel momento y quedó asombrada al ver a Coral del brazo de otro hombre que no era Cotufa.

Al día siguiente se hallaba don Nué esperando a que saliese Coral a la ventana para largarle uno de aquellos piropos que, según él, eran irresistibles, cuando se le acercó Miguel Angel y en tono zumbón le dijo:

—¿Don Nué! ¿Qué es de tu vida que hace dos días que no vienes por aquí? ¿Has levantao el campio?

Don Nué le miró asombrado, no pudiendo comprender cómo su amigo pudiera pensar de él tal cosa, y respondió:

—¿Er campio? ¿Uste quié sabé antes de acordarse cuatro cosas buenas?

—Sí, hombre. — respondió Miguel Angel sin abandonar su aire burlón de siempre.

—Pues embócese usted primero, porque se va usté a quedá con la boca abierta y le pue entrar aire.

—¿Has pintao algón palito más en la pare de tu arcoba? — le preguntó Miguel Angel.

Don Nué se frotó las manos alegremente y exclamó:

—Que se quemá usté. ¿Con quién creerá usté que he estao armosando esta mañana?

—¿Con la cabeza der rey Don Pedro? — preguntó burlonamente su amigo.

Don Nué adoptó un aire solemne y exclamó medio ofendido:

—Chungueito, no, Miguel Angel. He estao armosando con Cotufa.

—¿Con Cotufa? — preguntó algo extrañado Miguel Angel. — ¿Te has hecho amigo de él?

Don Nué meneó la cabeza negativamente y respondió dándose tomo:

—Ha sido Cotufa er que se ha hecho amigo mío, que no es lo mismo. Paese que la otra noche me vió ar balcón afilando un par de navajas.

—¿De afeitá? — preguntó Miguel Angel con su poquito de chungeo.

—Ná de bromas, seón Miguel Angel— siguió diciendo.

Miguel Angel miró curiosamente a su amigo y éste continuó:

—Pa mí que el hombre se ha arrugao de miedo y me ha buscado y me ha dicho: «Don Nué, usté

y yo tenemos que sé amigos». Contestación mía: «Siga usted». «Usted se hace porro por la reina mora». Contestación mía: «Siga usted». «Yo estoy chiflao por Mercedes, que a usted le mira con güenos ojos. Pos ¿a qué vamos a reñir conociéndolo? Déjeme usted a mí libre la reja del tayé, que yo le juro que hoy mismo peleo con mi novia y tiene usted a su disposición la ventana y la caye pa' dir a darle música».

Miguel Angel le miró entre compasivo y zumbón y al fin fingiendo una gran sorpresa exclamó:

—Me dejas frío. ¿Y tú qué contestaste?

—Yo le dije: «Misté, amigo Cotufa; apúntao tengo con lápiz que iba a matarlo a usted er domingo (porque tó lo que yo pienso hasé con las de Calu, lo apunto en un papé pa' darle carácter de escritura)». Y se echó a reir, de nervioso que estaba... «Pero ya que usted se viene a buen terreno, ahí va mi mano amiga... y grasias por tó.» Y delante suya saqué er papé y lo jise penso... ¿Qué tal?

Miguel Angel, tomando el mismo aire solemne de don Nué, se le quedó mirando y le respondió:

—Contestación mía: Pos que me paese a mí que ese Cotufa es un chufión mu grande.

—Chufión, ¿eh? — exclamó riendo don Nué, ante la duda de su amigo—. Ya ve usted si es chufión que ya ha reñio con su novia.

Miguel Angel echó un brazo por el hombro de su amigo, como para que no se cayera al oír la noticia que iba a darle, y exclamó:

—Güeno, pos embósate tú ahora pa' que no cojas frío oyéndome a mí. Ten presente que a Cotufa lo han desbucado y que hoy han visto entrar a un hombre en esta casa.

Don Nué lanzó una carcajada y exclamó:

—¿Quién le ha venio a usted con ese infundio?

—Doña Juana la loca — respondió Miguel Angel.

Pero, a pesar de la seguridad que le daba su amigo, don Nué no podía creer aquella noticia, y respondió, sin darle crédito, y menos aún al saber de quién procedía:

—¡Vamos, hombre! ¿Va usted a hacerle caso a una vieja que se pasa las noches por las calles del barrio buscando el arma co

pena de su marío? ¿A una mujé que...?

Don Nué se quedó sin poder terminar lo que iba a decir. Se agarró fuertemente al brazo de su amigo, y sus ojos apenas si podían dar crédito a lo que veía. En aquel momento Esteban cruzaba la plaza y se detenía ante la puerta de Coral. Llamó dos veces, se abrió la puerta y entró dentro de la casa, ante la estupefacción de don Nué, que se quedó sin saliva en la boca. Su amigo le miró burlescamente y le preguntó:

—¿Qué dices ahora? — Y al ver que don Nué no sabía qué responder, siguió diciéndole con su habitual chungueo: —Don Nué, a mí no me gusta calentá a los hombres ni comprometerlos; pero aquí lo que hay es que Cotufa ha echao el hombro fuera pa que tú le saques las castañas del fuego.

—¡Mardito sea er queso! — exclamó indignado don Nué. — Conque las castañas, ¿eh? ¿Tiene usté ahí un papé? ¡Voy a apuntá otra vé que mato a Cotufa er domingo!

Miguel Angel, que estaba seguro de que su amigo no era capaz de matar ni a un mosquito,

le dijo, fingiéndose alarmado por su actitud:

—¡No te acalores, hombre!

—Es que tós los hombres tienen en su vida un momento negro, y er mío es éste. ¡Ya veremos lo que vale don Nué!

Miguel Angel cogió a su amigo por un brazo y llevándole en sentido contrario señaló hacia otro lado de la plaza diciéndole:

—Mira quien viene por ahí: Cotufa.

Don Nué le miró casi compasivamente y volviéndose a su amigo le dijo:

—Me alegraré que se haya confesado, porque no le voy a dar tiempo ni pa eso.

Cotufa se acercó tranquilamente a ellos y sin preocuparse por la actitud de don Nué los saludó diciéndoles:

—¡Buenas noches, señores.

—¡Buenas noches — respondió Miguel Angel.

Cotufa al ver que don Nué no le contestaba y que le miraba fijo por la ira, le preguntó con su poquito de chufia:

—¿Qué es eso, don Nué? ¿Está usté malo? Paese que tie usté mal semblante. ¿No será una mijiya de calentura?

Don Nué se le quedó mirando en tono desafiador, sin que Co-

tufa le diera importancia, y exclamó:

—Cuando se traga la quina que yo estoy tragando, se cortan toas las calenturas, compadre.

Cotufa no pudo menos que demostrar su extrañeza diciéndole:

—Hombre, esa salía... ¿Pasa algo?

Miguel Angel se dio cuenta de que aquel Cotufa era el tío más chungo que se había echado a la cara, y se dispuso a pasar un buen rato, mientras que don Nué le contestaba:

—Pasa que del hijo de mi madre no se chunguea ningún guasón... En casa de su novia acaba de entrar un hombre.

Cotufa lo miró sonriendo y le respondió con una seriedad que desconcertó a don Nué:

—¿No será usted el que esté de chunga?

—Yo lo he visto también, si es que hace falta un testigo—exclamó Miguel Angel.

—¿Y ha entao solo?—preguntó Cotufa, llevando mano a la faja, como si textara su faja.

—Sí señó—respondió don Nué.

Cotufa sonrió nerviosamente, como quien está dispuesto a jugarle la vida y exclamó solemnemente:

—Pos va usted a vé cómo en vez de un hombre, van a salir cuatro peasos!... Don Nué, yo le dije a usted que el campo era suyo y ahora yo le pío a usted que no se mezcle en este asunto, hasta que yo lo arregle con mi faja.

Don Nué sintió miedo al ver la actitud de Cotufa y trató de detenerle diciéndole:

—Hombre... no vaya usted a hacerse ninguna tontería.

—Ni tontería, ni ná. Lo dicho, dicho está.

Y con un ademán retador se dirigió a la casa de Coral. Llamó dos veces y se oyó la voz de Esteban que preguntaba desde dentro:

—¿Quién yama?

—¿Quien algo quiere de quien contesta!

Don Nué que veía que aquello se estaba complicando más de lo debido y que la cosa se ponía seria le preguntó a su amigo:

—¿Qué le parece a usted que hagamos nosotros?

—Ver los toros desde la barrera—le despidió Miguel Angel.

Se abrió la puerta y apareció en ella Esteban, a quien Cotufa le hizo una seña y le dijo en voz baja:

—Sígueme la corriente, que

ahora vas a ver lo que es bueno.

Y alzando la voz para que don Nué le oyese, exclamó:

—Quiero hablar unas palabritas con usted, mozo crío.

Esteban siguió la broma de su cuñado y respondió con el mismo ademán desafiador:

—Pos avive usted, que estoy aquí dentro con una mujé mu bonita y usted es el primer premio de feos.

—¿Y se pue sabé qué es lo que hasta usted en esta casa?

—No se pue sabé —respondió Esteban.

—¿Y se pue sabé con qué permiso entra usted en esta casa?

—¿Y se pue sabé quién es usted pa preguntá tanto? —inquirió Esteban.

—El amo de esa mujé tan bonita que vive ahí.

Esteban miró con desprecio a su cuñado y exclamó:

—Esa mujé no tiene más amo que yo.

Miguel Angel, que al principio había creído que todo era broma, al ver la actitud de aquellos dos hombres, cambió de parecer y obtuvo la seguridad de que era verdad, por lo que al ver que se iban a echar mano corrió a detener a Cotufa diciéndole:

—Carma, hombre, carma.

Cotufa miró a sus amigos con aire terrible y poniendo en sus palabras un aire de verdadero matón, exclamó:

—¡Quieto lo es mundo! Al que se me acerque lo mato—. Y volviéndose a su cuñado le preguntó: —¿De modo que usted la quiere?

—Y la pienso queré toa mi vía —respondió Esteban.

—¿Toa su vía? Totá diez minutos.

—¿Va usted a matarme? —preguntó Esteban con sangre fría.

—Si usted no dispone otra cosa, sí —respondió Cotufa, belándosele la sangre a don Nué al ver el giro que tomaba aquel asunto.

—Pos vamos aprisa —terminó diciéndole Esteban—. La niña me espera y no me gusta que la mujere me aguarden por una cosa tan insignificante.

Esteban anduvo unos pasos y Cotufa deteniéndole le dijo:

—Antes de irnos quiero demostrarle que soy noble. Yo yevo este artileriyó de corbata—. Y le mostró una enorme navaja que sacó de la faja. Esteban hizo lo mismo y le respondió:

—Pos yo yevo esta harquiya invisible. Conque andando.

Cotufa antes de ponerse en

marcha, se acercó a don Nué y le dijo trágicamente:

—Amigo, si me toca a mí la china negra, le pío que se encargue de ese hombre. Ya que Corá no sea pa mí, que sea pa usté; pero pa ese, nunca.

Y acercándose a Esteban, echó a andar tras él, al mismo tiempo que le decía:

—Andando. Vamos a las murallas que por ahí no pasa naide.

Miguel Angel y don Nué los vieron marchar, y este último exclamó muertó de miedo:

—Compadre, vaya un encargo que me ha de jao.

—Oye, oye— le dijo Miguel Angel—. A mí, la verdá, no me gustan estas cosas, vamos a quitarnos de en medio... ¡A la cama, a la cama!

La voz del sereno anunciando la hora, les hizo dar un salto de miedo y don Nué haciéndose el valiente, le dijo:

—Usté tiene mico... Voy a acompañarle a su casa.

Y otra vez la voz del sereno los asustó haciendo que aligeraran el paso. Al poco rato aparecieron Esteban y Cotufa, que le dijo a su cuñado:

—Míralos cómo van corriendo. Esos no pegan un ojo en toa la noche.

Esteban había seguido la broma de su cuñado, pero sin saber todavía qué era lo que se proponía, y por lo mismo le preguntó:

—Pero ¿quieres explicarme qué es lo que te propones?

—Ná, hombre — exclamó Cotufa—. Espantarte los abejorros y espantármelos a mí también.

—¿Es que ese hombre pretendía a Corá? — preguntó nerviosamente Esteban.

—Sí, hombre, sí — le dijo riendo Cotufa—. ¿No ves que es más infelis que un salumerio?... Además que necesito que se vaya pa que me deje a mí er campo libre.

—No te comprendo, Cotufa.

—Po es mu sensillo — le dijo el muchacho—. Ese hombre anda detrás de una mujer que a mí me huse grasia y que estoy seguro que yo a eya también. Pero ese don Nué, que se cree más seductor que el propio Don Juan, parece que la ha pretendido, como ha pretendido a toas. El se figura que Corá es mi amante y que yo soy la causa de que él no pueda entenderse con ella. Pa que me deje a mí er camino libre no le he sacao de su engaño y le he prometio ayudarle. El hombre se me había amoscao al verte a ti dentro, y como yo soy pa é algo

así como un Boudi, le he dicho: «Usted no se preocupe, que yo me encargo de matar a ese hombre». De esta forma sigo yo manteniendo mi carté de valiente; él se figura que puede seguir cortejando a Cora, y yo me entiendo con Mercedes. ¿Está lo claro?

Esteban no pudo menos que echarse a reír al comprender las intenciones de su cuñado y le dijo:

—Lo que a ti no se te ocurra, no se le ocurre ni a mí mismo demonio.

—Pos vete pa dentro — terminó diciéndole Cotufa —, que no me conviene que te vean vivo por aquí. Esos dos pobres hombres no duermen hoy de susto que llevan encima.

Miraron por la plaza, por si había alguien, y al ver que estaba solitaria la cruzaron rápidamente hasta llegar a la puerta de la casa de Cora, que Cotufa con toda precaución se había cuidado de dejar abierta, para no tener que llamar al volver.

Entró Esteban nuevamente a casa de su novia, mientras que Cotufa se fue a dar una vuelta por el barrio. Al mismo tiempo llegaba Miguel Ángel a su casa, después de haberse separado de

don Nue y al ver a doña Juana la loca, la dijo:

—Márchese, doña Juana, y no ande rezando esta noche. A estas horas habrán matado a Cotufa.

En pocas palabras le explicó lo que había pasado, y la vieja se marchó santiguándose y proponiéndose rezar por el alma de Cotufa.

Al ir a su casa se encontró con don Nue a quien le dijo:

—Voy a encender una luz por el alma de Cotufa. Lo acaban de matar.

Don Nue no tuvo fuerzas para responder. Sintió que se le secaba la garganta y quedó como petrificado en medio de la plaza, hasta que sintió que se le ponía una mano encima. Se volvió, y al ver a Cotufa lo miró asombrado, exclamando:

—¡Eeeee!

—¿Qué es eso?—preguntó sonriendo Cotufa—. ¿Nos hemos asustado? ¿Viene algún coche?

Don Nue lo miró fijamente y al fin pudo preguntarle:

—Pe...pero, diga usted... ¿el muerto ha sido el otro?

Cotufa se echó a reír y exclamó:

—Aquí el único muerto de mico es usted.

—No, no es mico—respondió

don Nué—, es sorpresa de verlo... ¿Qué es lo que ha pasado?

—Lo de siempre—replicó Cotufa sin dar importancia a sus palabras—. Que en cuanto dan con un hombre que sabe jugar la vía por una mujer, se achican... ¡Corriendo debe estar todavía el hombre!

Don Nué respiró más tranquilo ante aquella noticia, y exclamó:

—Gracias a Dios que recibo una buena noticia esta noche. ¿Y cómo estaba dentro de la casa?

—Porque es primo de ella. Se ha empeñado en que la muchacha lo ha de querer y ella no lo puede tragar. Ya está espantado y ahora la calle es nuestra, don Nué. Además que yo he podido observar que su asunto no va mal con Coca-livo.

—Chócala ahí, hombre—exclamó don Nué—y vamos a tutearnos, que pa' algo somos amigos. ¿Te paese a ti buena ocasión esta noche pa' que haga venir a los músicos y le cante unas coplas a Coral, mientras que tú te entientes con Mercedes?

—Yo creo que sí. A lo mejor mañana puede yové y...

—No digas más. Ahora mímito me voy a por ellos—exclamó don Nué saliendo disparado en

busca de los músicos, mientras que Cotufa se acercaba a la ventana de Mercedes y tocaba las palmas repetidas veces.

Al fin salió la muchacha y al ver a Cotufa le preguntó:

—¿Tiene usted mucha prisa?

—Por verla a usted. ¿quién no la tiene, reina?

—La reina no soy yo—respondió a su vez Mercedes, indicando con la mirada la casa de Coral—, ¿lla reñó usted pa' siempre con esa mujé?

Cotufa pensó que era la hora de ponerse serio por primera vez en su vida y le respondió:

—Vamos a hablar en plata, Mercedes. Ni he reñido ni reñiré en la vía que es lo más bueno. Yo no he sido ni sere nunca el amante de Coral. Es novio de ella estaba en la cárcel y ha cumplido... ahora mismo le está diciéndole lo que la quiere.

Mercedes se le quedó mirando sin poder dar fe a lo que oía y le preguntó:

—Entonces, ¿qué es usted de la reina mora?

—Hermano. Ya sé que parece mentira, pero somos hermanos de la misma madre y el mismo padre.

Mercedes se echó a reír y le preguntó:

—¿Y a cuál de los dos ha salido usted, con esa cara tan barata? Porque si sus padres eran guapos usted ha dao el salto atrás.

—Di el salto a un lado—respondió riendo Cotufa—y he salido a un tío mío que se ganaba la vía sirviendo de cloroformo, lo enseñaban pa quitá el sentío.

—Es usted un tío de grasia — exclamó Mercedes echándose a reír.

Cotufa se acercó aun más a la ventana y le preguntó intencionalmente:

—¿Tengo grasia pa usted?

—Arguna — respondió la muchacha.

—¿Y en qué he de conocerlo yo?

—En una seña que le voy a basé con el ojo izquierdo.

—¿Y qué querrá desí que me quiere?

Ella bajó la vista y respondió:

—Pobresito de usted si no sabe entenderla.

Cotufa, de buena gana la hubiera abrazado, pero la reja se lo impedía y tuvo que contentarse diciéndole:

—Bendita sea esa boca y ese salero. ¡Me gusta usted más que un merengue! Ya no envidia a nadie... Ni a aquellos dos que salen ahora.

Señaló para su hermana y su novio que salían de la casa y los llamó diciéndoles:

—¡Ehl, pareja feli. Vení acá que aquí hay otra pareja que no se cambia por ustedes.

Se acercó su hermana y Esteban y Cotufa se la presentó a Mercedes, diciéndole:

—Aquí tiene usted a la reina mora.

—Ni reina, ni mora, ni na—respondió Coral mirando amorosamente a su novio—. Yo no reino na más que en el corazón de este hombre y con esto me basta.

—Y yo le deseo que siga usted con él toa la vía, que eso es cariño.

—Pos si le gusta a usted la muestra, comprese un vestío que a tiempo está — le dijo riendo Coral.

—Ya lo oyes — exclamó Cotufa—. Los hermanitos no perdemos el tiempo.

Esteban intervino y cogiéndose del brazo de su novia, la dijo:

—Vaya, a esta pareja hay que dejarla.

—Y a ustedes también—replicó sonriendo Mercedes.

—Vamos a casa de mi padre — terminó diciendo Esteban.

—Sí — dijo Coral — y mañana habrá más misterio todavía. Pero

si a usted le preguntan algo, diga usted que la reina mora no es más que una sevillana que ha sabido querer a un hombre.

—Pos a quererse tocan — exclamó Mercedes, despidiéndose de ellos.

Se fué la pareja, y Mercedes entusiasmada por el ejemplo de Coral le preguntó a Cotufa:

—¿Me querrás siempre como ahora?

—Permita Dios que si te miento me gúerva más feo de lo que soy.

—Oye, fijate qué copla se me ha ocurrido — le dijo Mercedes:

*Por capricho me quisiste
y yo por capricho a tí:
bendiga Dios los caprichos
que nos juntaron aquí.*

—¡Olé! — exclamó Cotufa entusiasmado — ¡Bendita sea esa boquita que sabe decir cosas tan bonitas y esa cabecita que sabe inventar coplas tan preciosas!

Y, sin poderse contener, cogió por entre los barrotes de la reja las manos de Mercedes e intentó besarlas.

La muchacha las retiró rápidamente y haciéndole un gracioso mohín le dijo:

—Lo primero es estarse quieto.

—¿Y crees tú que hay quien se pueda está quieto oyéndote decir que lo quieres? — respondió Cotufa.

—Ya lo creo — volvió a decirle ella —. Lo primero es la formalía. Puede vernos argüen.

—¡Ojalá! — exclamó Cotufa —. Estoy tan contento esta noche, que de gúena gana saldría gritando por ahí, como ese tío que vende dátiles, y diciéndole a to er mundo que soy el hombre ma felis del universo.

—¿Pa que se enterara don Nué? — preguntó riendo Mercedes al mismo tiempo que pensaba la cara que pondría el eterno don Juan si pasase por allí y los viese.

Cotufa guardó unos segundos de silencio. Le molestaba que en aquellos momentos Mercedes se hubiese acordado de su antiguo galanteador y no pudiendo contener los celos que aquel recuerdo le inspiraban le preguntó seriamente:

—¿Te importaría mucho que me viese contigo?

Mercedes comprendió en seguida el tono con que había sido hecha aquella pregunta y respondió encogiéndose de hombros:

—Me importaría tanto como si

pasase ése tío de los dátiles que has nombrado antes.

Y mirándole fijamente le preguntó:

—¿Serías capaz de sentir selos de él?

—Sería capaz de sentir selos de él y der que fuese. Cuando se tiene a una mujer bonita hay que defenderla contra to er mundo —exclamó Cotufa, sintiendo que la sangre le hervía en las venas.

Mercedes echó a broma las pa-

labras de Cotufa y exclamó a su vez:

—¡Olé los hombres valientes! ¡Así es como a mí me gusta!

—Y a mí las mujeres bonitas como tú—la piropó él.

Y mientras la nueva pareja seguían diciéndose amores, don Nué llegaba a la plaza con los músicos que había reclutado, dispuesto a estar tocando y cantando hasta que saliera Ceraí, seguro de que cuanto le había dicho Cotufa era verdad.

FIN



Publicación selecta de
obras dramáticas, cómicas,
y líricas, de nuestros
más celebrados
autores.

Precio 2'50 ptas.

Títulos publicados

N.º 1 LOS INTERESES CREADOS

N.º 2 LA TABERNERA DEL PUERTO

Próximo número:

¡ACONTECIMIENTO!

NIDO DE BRUJAS

del laureado autor **RODOLFO VIÑAS**

En prensa: La milenaria obra en tres actos

LUISA FERNANDA

Comedia lírica de los celebrados autores
ROMERO Y FERNÁNDEZ SHAW

JACINTO BENAVENTE

La Malquerida

¡No quiero, no quiero!

A. PAJO y GONZÁLEZ DEL TORO

Las mujeres de Zorrilla

El hombre de los ojos fatales

LUIS FERNÁNDEZ ARDÁVIN

Romance de Lola Montes

ROMERO Y FERNÁNDEZ SHAW

La Chulapona

CARRERO Y SEVILLA

Los Claveles

F. RAMOS DE CASTRO y CARREÑO

La del Manojó de Rosas

QUINTERO y GUILLÉN

Morena Clara

Sol y Sombra

Azabache

VALVERDE y LEÓN

María de la O

María Magdalena

EDUARDO M. DEL PORTILLO

Calle de la Amargura

PEPE GARCÍA

Tormenta

Pedidos a Editorial "ALAS" Apartado, 707 - Barcelona

Ediciones Biblioteca Films

2 PTAS. TOMO

GLORIA DE UN DIA	Katherine Hepburn.
LA NOVIA DE FRANKENSTEIN	Boris Karloff.
EL REY SOLDADO	Paul Jannings.
ENTRISTAMENTE CONFIDENCIAL	W. Baxter. - M. Lay.
OJOS NEGROS	A. Simon. - Harry Barr.
LA ALEGRE DIVORCIADA	G. Rogers. - F. Astaire.
UNA NOCHE DE AMOR	Grace Moore.
LA VIUDA ALEGRE	Maurice Chevalier.
EL CAVALIERO DEL VOLCAN NEGRO	Jeannette Mc Donald.
EL IMPERIO DEL CRIMEN	Maurice Chevalier.
FORAZONES ROTAS	James Cagney.
LA TELA DE ARANA	Katherine Hepburn.
LA DIONA DEL FUEGO	M. Lay. - W. Powell.
PASAPORTE A LA FAMA	Helmut Kahane.
EL LOBO HUMANO	Edward G. Robinson.
ROBERTA	Henry Hull. - W. Oland.
NOCHE NUPCIAL	G. Rogers. - Irene Dunne.
LOS ULTIMOS DIAS DE POMPEYA	Gary Cooper.
HORROR EN EL CUARTO NEGRO	Franklin Foster.
MASTERS	Boris Karloff.
EL CAJONERO RICHIE	Pola Negri.
EL ESCANDALO DEL DIA	George Arliss.
LA FERIA DE LA VANIDAD	Clark Gable.
DEJADA EN PUENDE	Miriam Hopkins.
QUIEREME SIEMPRE	Shirley Temple.
LAS CRUZADAS	G. Moore. - L. Carrillo.
EL SOFRE LACRADO	L. Young. - E. Wilcox.
LA GRAN AVENTURA DE SILVIA	Wynne Gibson.
MI MARIDO ME CABA	Katherine Hepburn.
ON LOS TIEMPOS DEL VALS	Ellena Landi.
LA VOZ DE ULTRATIMBA	Ramon Novarro.
ESPLENDOR	Laurel Barrymore.
BRIGADA SECRETA	Miriam Hopkins.
LOS MARINOS DE CROONSTADT	Joan Murat.
EL PEQUEÑO LORD	Fredie Bartholomew.
EN PERSONA	Ginger Rogers.
EL PODER INVISIBLE	Boris Karloff.
MI EN MIJER Y YO	William Powell.
EL ANIMADO INVISIBLE	Walter Abel.
EL KAILAHIN PILATA	Charles Colman.
SHANGHAI	Warner Oland.
Sueño de amor eterno	Gary Cooper.
La ultima aventura	Gary Grant.
Adios sin Dey	Robert Montgomery.

Producciones nacionales y filmadas en español

PODEROSO CABALLERO	Casimiro Ortega.
2000 DÜROS	Charito Leónis.
EL MALVADO CARABEL	A. Calonge. - A. Vico.
ALAS SOBRE EL CHACO	L. Tovar. - A. Moreno.
EL GATO MONTES	Pablo Heredia.
EL DIA QUE ME QUIERAS	Carina Gardel.
UNA MUJER EN PELIGRO	Arletta Coland.
INCERTIDUMBRE	Ramon de Santamaria.
CLEMENCIA	Victoria Blasco.
MARIA ULJANA (Flor de Pango)	Carmen Goyette.
LA ULTIMA CITA	Luana Alcanta.
LA REINA MORA	Maria Arias. - F. Toró.
MARIA DE LA O	Carmen Amaya.
LA MILLONA	La Yegros. - R. Santamaria.
Simpatía meridional	Paula Velazquez.
Nuestra Natividad	Ana Maria Castella.
La historia de una ranción	Luchy Sola.
Nuestra caligula	Ricardo Núñez.

PERDIDOS A

EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA

Se reciben suscripciones sueltas y colecciones completas, previo pago del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos por el certificado. Ptas. 200.000.

CANCIONERO

(El primero en su género
y el que todos imitan)

32 páginas de texto: 60 céntimos cada volumen

TANGO ARGENTINO

Imperio Argentina
Azucena Maizani
Goyita Herrero
Isesita Pena
Carlos Gardel
Aguatín Irusta
Irusta, Fugatoí, Demare
Eduardo Biauco
Ghiberni
Mario Visconti
De Val
Meguidi, Noda
Tania-Discépolo
Fco. Spaventa

FILMS SONOROS

Jeanette Mac. Donald
Lilian Harvey
Marlene Dietrich
Janet Gaynor
Meg Lemonnier
Carmelita Auber
Mis Vox 1935
Isabelita Pradas
Maurice Chevalier
Jean Kiepura
José Mojica
Roberto Rey
Charles Farrell
Henry Garat

TIPLES

Enriqueta Serrano
María Espinelli

TENORES

Hipólito Lázaro
Miguel Fleta
Emilio Vendrell
Tino Fofgar
Jana García
Vicente Simón

BARITONOS

Emilio Sagi-Barba
Marcos Redondo
Eduardo Brito
Pablo Heriogg

BAJOS

Pablo Gorgé

VEDETTES DE REVISTA

Celia Gámez
Olvido Rodríguez
Margarita Carbajal
Laura Píñillos
Conchita de Leonardo

EXCÉNTRICOS

Bianca Negri
Hamper
Alady
Lepé

TONADILLERAS Y CUPLETISTAS

Raquel Meller
Carmen Flores
Mercedes Saró
Elvira de Amaya
Luisita Esteso
Conchita Piquer
Estrellita Castro
«La Yankee»

CANTE JONDO

Pastora Imperio
La copla andaluza
Custodia Romero
«Argentinilla»
Rosarito de Triana
Conchita Martínez
Niña de Linares
Lola Cabello
Niño de Marchena
Angelillo

Canalejas
Guerrita
Niño de Talavera
El Americano
Niño de Ultera
Miguel de Molina

JOTAS ARABONESAS

Felisa Galé

RUMBAS Y CANTOS CUBANOS

Josefina Baker
Elaine Bayrón
Alberto II Ribera

CANCIONES MEXICA- NAS

Lupe Rivas Cacho

CANCIONES AMERICANA- NAS Y DE JAZZ

Trini Morán
Steffi Duna y
Don Alvarado
Celeste Grijó

ORQUESTAS

Orquestina Planas

CANCIONES PRIVA- LAS

(No aptas para señori-
tas)

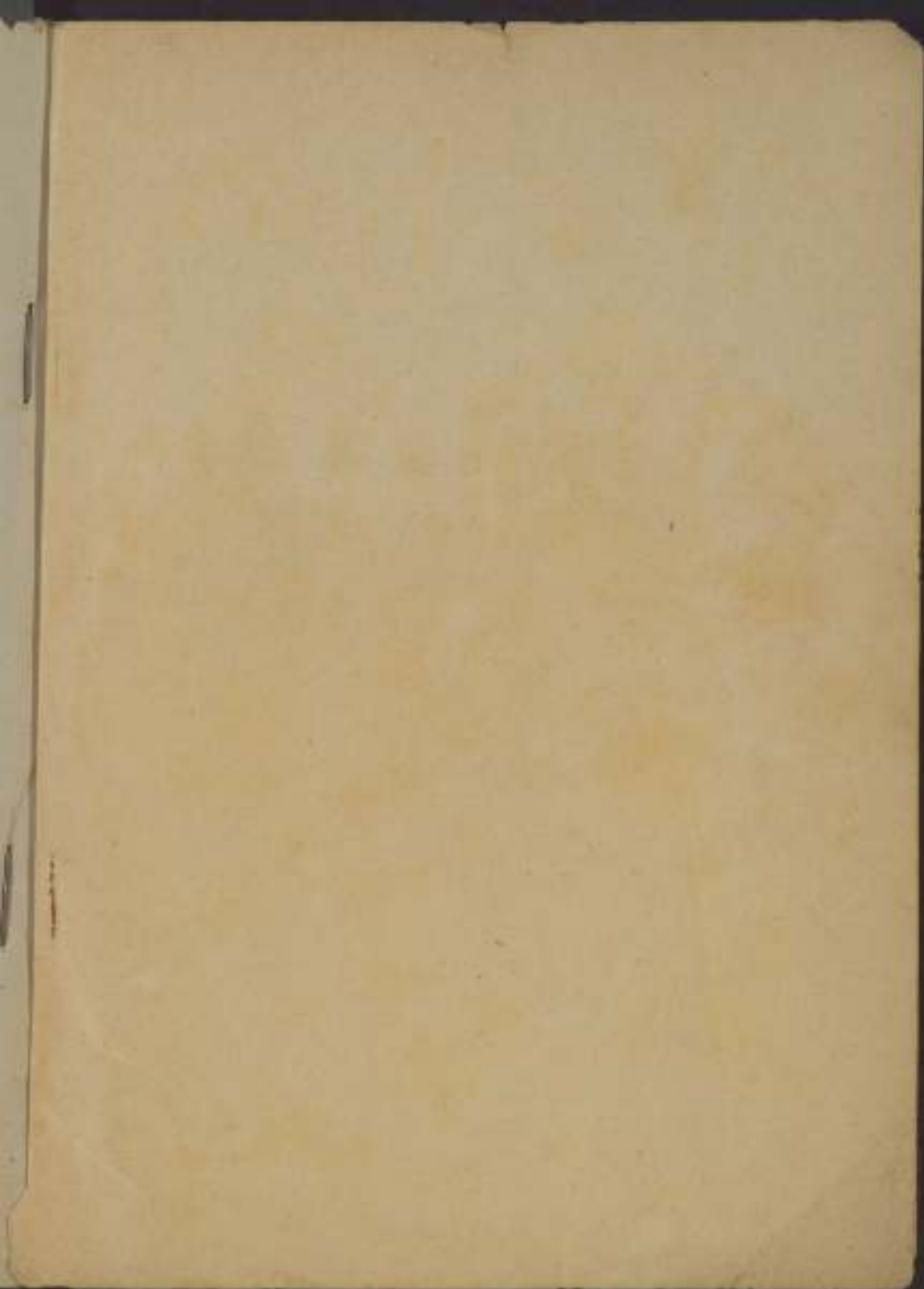
Olimpia de Córdoba
La Fornarina

IMITADORES DE RE- TRELLAS

Vianor
Bertini

PEDIDOS A Editorial "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona

Envíame algunos catálogos y colecciones completas, previa carta del im-
porte en sellos de correo. Devuélvame luego el catálogo para el certificado.
Preséquele gratis



Producciones Nacionales y Filmadas en Español
publicadas en
EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

EN BUSCA DE UNA CANCION. — NUESTRA NATA-
CHA. — RINCONCITO MADRILEÑO. — LA MILLONA. —
LA REINA MORA. — MARIA DE LA O. — LA ULTIMA
CITA. — CLEMENCIA. — EN LOS TIEMPOS DEL VALS. —
MARIA ELENA. — INCERTIDUMBRE. — UNA MUJER EN
PELIGRO. — EL GATO MONTES. — EL DIA QUE ME
QUIERAS. — PODEROSO CABALLERO. — EL OCTAVO
MANDAMIENTO. — EL MALVADO CARABEL. — RUMBO
AL CAIRO. — 20.000 DUROS. — LA ULTIMA CAN-
CION. — EL TANGO DE BROADWAY. — EL DESAPARE-
CIDO. — DALE DE BETUN. — UNA SEMANA DE
FELICIDAD. — TRES AMORES. — LA DOLOROSA. —
VIDAS ROTAS. — DOCE HOMBRES Y UNA MUJER. —
UNA VIDA POR OTRA. — ESPERAME. — MELODIA DE
ARRABAL. — MERCEDES. — LA DAMA ATREVIDA. — LOS
QUE DANZAN. — ENTRE NOCHE Y DIA. — LUCES DE
BUENOS AIRES. — EL COMEDIANTE. — UN CABALLERO
DE FRAC. — SU NOCHE DE BODAS. — EL EMBRUJO DE
SEVILLA. — DON JUAN DIPLOMATICO.

(Los títulos que no figuran están agotados)

EDITORIAL
"ALAS"

LOS GRANDES EXITOS QUE APARECERAN EN BREVE

NO QUIERO... NO QUIEROI. — MOLINOS DE
VIENTO. — LUISA FERNANDA. — GIGANTES Y
CABEZUDOS. — LA CASA DE LA TROYA. — SANTA
ROGELIA. — LOLA TRIANA. — DON FLORIPONDIO. —
LA ESFINGE. — ENTRE LOBOS. — BAJO TU AMPARO. —
SABE O NO SABE TIRAR. — PATIO ANDALUZ. — ASILO
NAVAL, ETC., ETC.

PRECIO: 2 Ptas.

Pis